

CUBA

BIBLIOTECA NACIONAL  
JOSE MARTI  
REPUBLICA DE CUBA

*Reserva 2*



**JUNIO, 1903**

EDICION MENSUAL  
VOL. XI NUM. 6

UN EJEMPLAR 20 CENTAVOS

*410*



«Cuando Llegue la Primavera,

exclama el tísico, me sentiré mejor.»  
La estación cambia. Entra la primavera con su deliciosa temperatura. El paciente se imagina que está mejorando, pero así como las semanas van pasando, la mejoría resulta ser sólo transitoria. La tos, siempre seca, continúa; los dolores del pecho son más severos, los sudores nocturnos más extenuantes. La terrible enfermedad sigue invariable su curso hacia un término fatal. *Pero sus progresos pueden detenerse.*

# Ozomulsión

Marca de Fábrica

dará el alivio que no trajo la primavera. Hará más que eso. Curará el mal. Su acción se basa en principios científicos. Primero destruye los gérmenes venenosos que causan la enfermedad; después provee la nutrición que trae de nuevo al paciente á una salud perfecta. Y da esos resultados porque contiene Guayacol, que mata el germen y da apetito. El Aceite de Hígado de Bacalao provee el nutrimento que da carnes y fortaleza.

**La Ozomulsión es el Remedio que los Médicos Recetan**

**Para Resfriados, Tos, Consunción, Bronquitis, Pulmonía, La Gripa, Asma, y demás enfermedades pulmonares;**

**Para Escrófulas, Debilidad General, Enflaquecimiento, Anemia, y demás padecimientos extenuantes.**

## PRUEBA GRATIS

**NOTA DEL EDITOR.**—Por convenio especial con este periódico, un frasco de muestra de la OZOMULSIÓN será enviado por correo —gratis y franco de porte—á toda persona que mande su nombre completo y las señas de su casa clara y correctamente dirigidos al

**Dr. MANUEL JOHNSON,**

**Obispo 53 y 55,**

**Apartado 750.**

**HABANA.**

El Dr. JOHNSON provee de Ozomulsión á los Droguistas y Boticarios.

# Cuba y América

REVISTA ILUSTRADA

DIRECTOR; RAIMUNDO CABRERA

ADMINISTRADOR: MANUEL ROMÁN

M. MONTERO. PR.

GALIANO 79, HABANA

AÑO VII

JUNIO 7, 1903

NÚM. 6



## SUMARIO

<b>CUBIERTA</b>	
<b>ZURCIR A TIEMPO</b> , Frontispicio . . . . .	378
<b>EL VEDADO</b> , por Ramón Meza . . . . .	379
Grabados de la Commercial Photoengraving	
<b>RENACIMIENTO DEL DRAMA RELIGIOSO</b> , por Adrián del Valle . . . . .	483
Ilustraciones del Christian Herald	
<b>ALFREDO DREYFUS</b> , por W. F. Stead. Traducido por F. P. Machado	387
<b>EL AMAESTRAMIENTO DE LOS LÓBOS MARINOS</b> , por E. C. . . . .	390
Ilustraciones del Leslie's Weekly.	
<b>LOS ELEMENTOS DE LA HISTORIA</b> , por el Dr. Erastus Wilson . . . . .	395
Grabados de F. A. Taveira	
<b>HIMNO DE GUERRA DE LA AMERICA</b> , poesía, por Guillermo Matta . . . . .	401
<b>ISABEL LA CATOLICA</b> , Grabado . . . . .	399
<b>DIPLOMATICOS Y DIPLOMACIA</b> , Redacción . . . . .	402
Ilustrado	
<b>A MIS LAGRIMAS</b> , poesía, por Julio Zaldumbide . . . . .	403
<b>UN PALACIO PARA LOS NIÑOS SIN HOGAR</b> , Redacción . . . . .	404
Ilustrado	
<b>MATILDE</b> , por E. Sánchez de Fuentes . . . . .	405
<b>BISMARCK</b> , poesía, por F. Javier Balmaseda . . . . .	408
<b>EL ENCUENTRO</b> , grabado del Christian Herald . . . . .	409
<b>LA VIDA EN ALASKA</b> , por M. Keegan	413
Ilustrado	
<b>LOS DOUKHOBORS</b> , Redacción . . . . .	416
Ilustrado	
<b>EL ARTE DE HACERSE RICO</b> , Capítulo IV., por Hardwicke, traducido por una señorita. . . . .	417
<b>AMOR VENDADO</b> , narración italiana de Salvatore Farina . . . . .	419
Ilustrado por las Sritas, Guride, Grabados de F. A. Taveira	

ADEMÁS de esta EDICIÓN MENSUAL que ve la luz el primer domingo de cada mes, publicamos una EDICIÓN SEMANAL que se reparte en todos los demás domingos del mes y forma un cuaderno en octavo con variedad de materiales, lujosamente impreso é ilustrado; ambas ediciones forman un volúmen de paginación corrida al que acompañará un índice de materias al fin de cada trimestre. No se servirán suscripciones sino á partir de la fecha en que se ordenen.

**SUSCRIPCION A LAS DOS EDICIONES:** En la Habana, 80 cts. plata española por mes.— En los demás puntos de la isla: Un trimestre, \$3.40.—Un semestre, \$4.25.—Un año, \$8 en plata española.—Para el extranjero los mismos precios en moneda americana. Pagos adelantados.

Los ejemplares sueltos de ambas ediciones se venden en la semana de su reparto á 20 centavos plata. Los números atrasados á doble precio.

SE SERVIRÁ el periódico por correo, franco de porte, á los que del interior ó del extranjero remitan directamente á la Administración el importe de la suscripción en letras de fácil cobro, órdenes postales ú otro medio efectivo.

Rogamos que se haga mención de los anuncios de CUBA Y AMÉRICA.



# LA PEREGRINA

ALMACEN DE FORRAJE

DE

**JOSE SANCHEZ**

BLANCO 35....Teléfono 1234

Maíz del Norte y del País,  
Afrecho, Avena, Cebada, Heno  
del Norte y del País y Paja pa-  
ra cama.

## Manuel Menéndez & Co.

Comerciantes Comisionistas Importadores  
y Exportadores

Propietarios de las Fábricas de Tabacos  
"LA DEIDAD" y marcas anexas.

Agentes exclusivos del ROM CARTA BLANCA  
De la máquina de escribir

"FENIX-FRANKLIN"  
y de la ganadería

"WHEELER," de Long Island.

**99 & 103 Beekman Street  
NEW YORK**

Cable: MENENDESUM.

**SASTRERIA**

DE

**MAXIMO STEIN**

**OBISPO 75**

ESTA CASA EMPLEA  
PARA SUS CONFECCIONES  
DE PRIMER ORDEN  
EXCLUSIVAMENTE  
*Casimires ingleses*

PRECIOS MUY MODICOS  
EL VERDADERO STEIN  
SE HALLA EN OBISPO 75

**¡Papel**



**Papel!**

Cualquier clase de papel sirve para la máquina de escribir, pero para obtener el MEJOR trabajo en estas máquinas se necesita un papel que tenga ciertas cualidades esenciales.

Desde hace tiempo hemos estado probando con diferentes papeles sin que hubiésemos encontrado uno que llenara todas las condiciones, hasta que probamos el famoso papel BERKSHIRE del que tenemos ahora un completo y variado surtido.

Tendremos gusto de mandar listas de precios á los que lo soliciten.

**EFFECTOS DE ESCRITORIO.**

**ACCESORIOS PARA OFICINAS.**

**HARRIS BROS. & Co.**

(Agentes de la máquina de escribir REMINGTON) O'REILLY 110, HABANA

IN



S  
EIN  
75

el!

ara ob-  
ciertas

in que  
proba-  
varia-

VAS.



*Zurcir à tiempo*

# Cuba y América

AÑO VII

JUNIO 7, 1903

NUM. 6



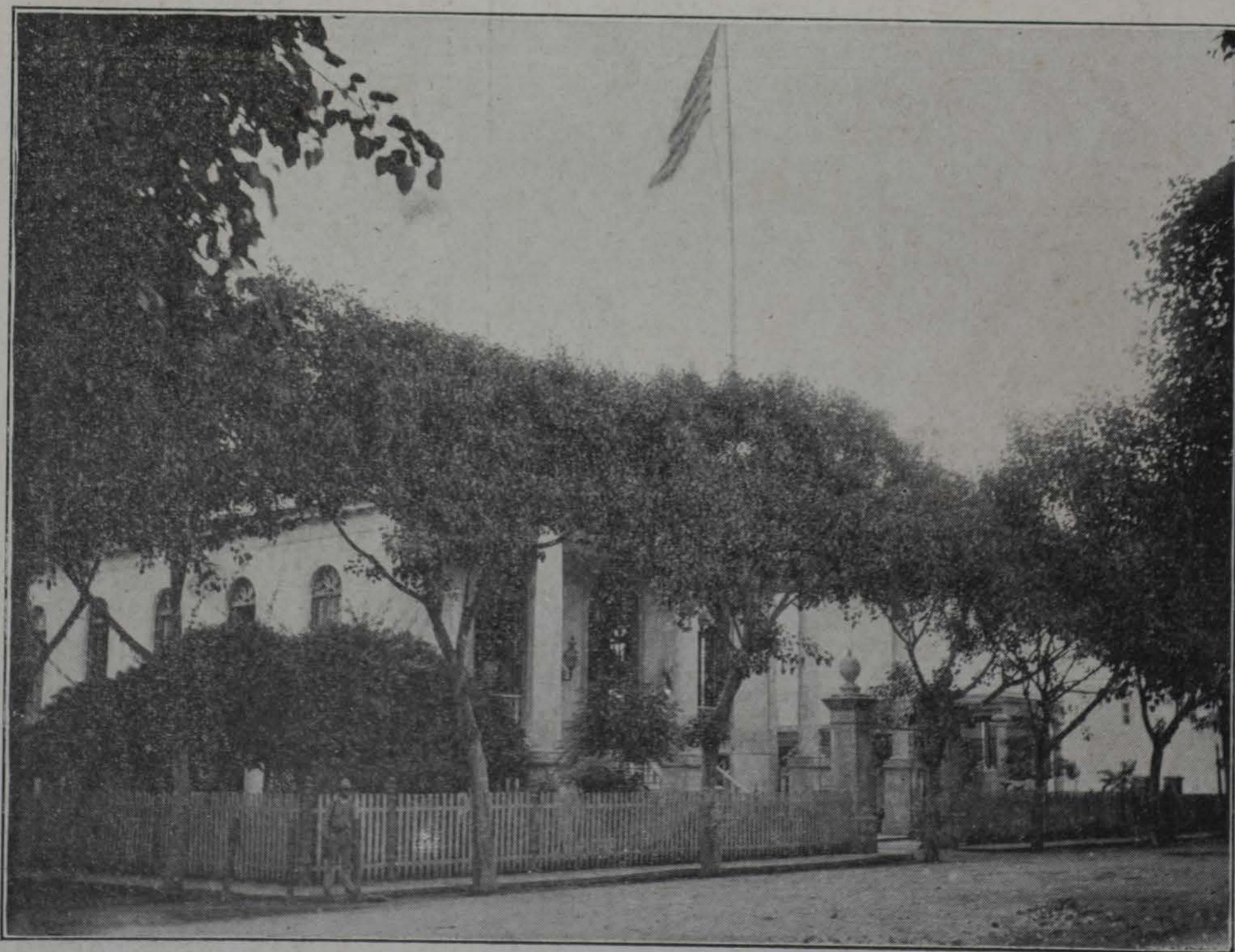
## EL VEDADO

POR RAMON MEZA

**F**ONDO rojo, muy rojo, como si en su suelo se hubiera vertido toda la pintura que fabrican los mataderos de la Argentina. Rojo de sangre de toro que formacharcos y lagunatos en los días de lluvia y pone á transeuntes, carros y ganado como si regresaran de feroz batalla campal.

Pero no es más que ilusión óptica:

todo depende del color. El Vedado es alegre, pintoresco, risueño. La malva, los aromas, el espino, los aloes, las lantanas, los lirios de playa, que cubren el áspero risco de formación madreporica de su costa, exhalan gratos y sanos olores que se entremezclan y confunden con el pronunciado á salitre, á marisco, á ostra que produce el rocío arrojado



*Hotel Trotcha, Vedado*

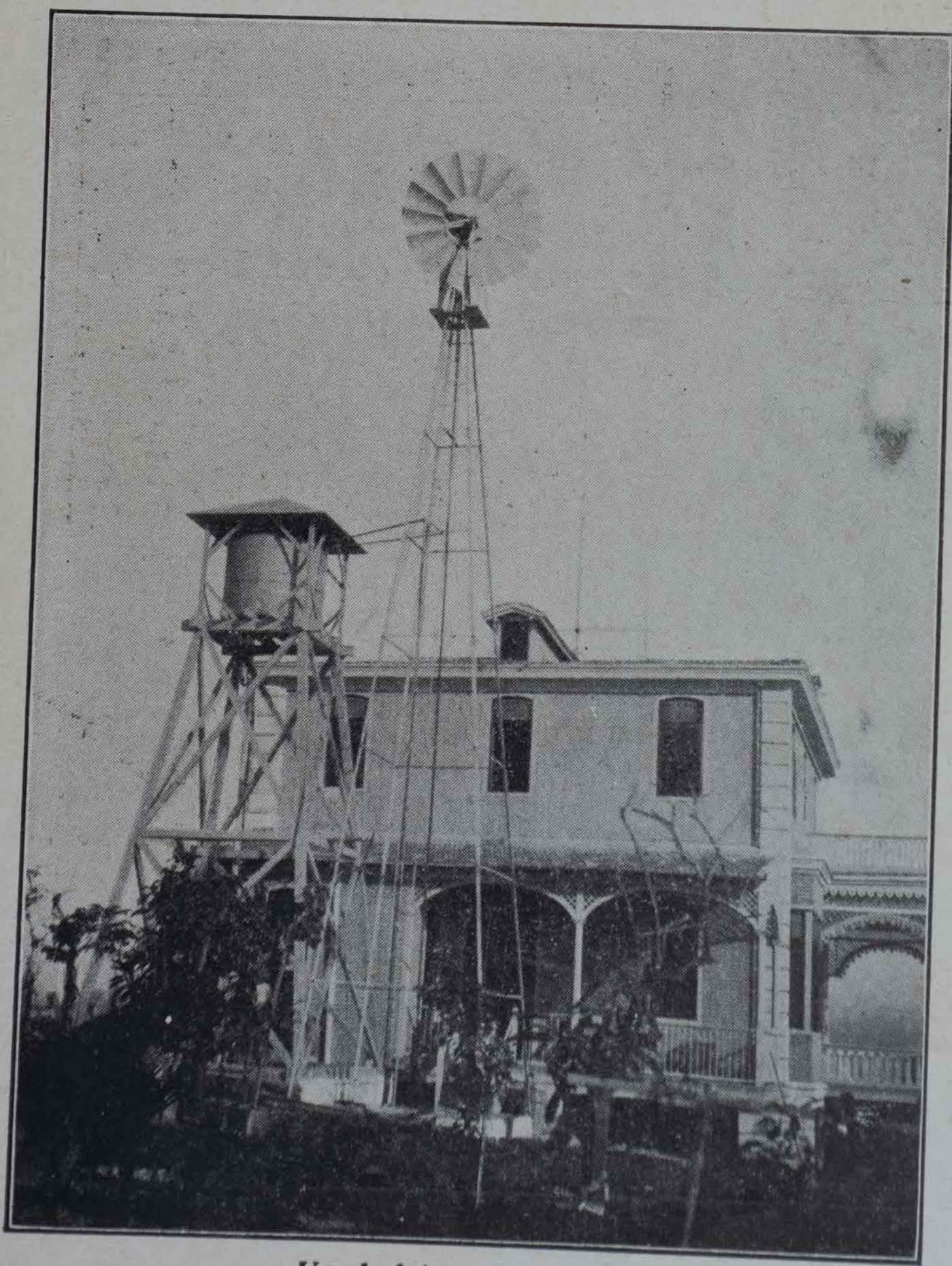
por la cresta del oleaje limpio, transparente, viniendo del mar azul, incabable y eterno, para romperse entre los bajos arrecifes, llenándolos de blanca espuma y mugiendo de noche, con rumor de sordo y lejano trueno, profundo, prolongado, eco que rueda á lo largo del próximo barallón ó acantilado, alegre ya de haberse librado desde muchos siglos, merced á un levantamiento del terreno, del embate perpetuo del oleaje.

La extraña vegetación de la playa, los cactus, el poléo, la verbena, las campánulas y la hipomea silvestres hacen estallar sus flores de vivo color blanco, amarillo y rosa que tira á solferino entre las grietas oscuras del agujereado y esponjoso peñasco, compartiendo los dominios de la dura roca con la fauna especial de caracoles é iguanas, de mariposas y de pájaros, cada vez

más raros en la parte en que avanza le trazo firme de una grande y moderna ciudad que ya se esboza á ambos lados de la recta línea del tranvía, cuyos rieles, cables y postes, van á unirse en punto lejano del horizonte donde elevan su silueta, azulada por las brumas y la distancia, ondulada cordillera de montañas.

Entre la verde copa de los árboles de floras exóticas y de la flora cubana, levantan sus caprichosos techos nuevos y flamantes, cubiertos de terracota, amianto ó teja metálica, casas de ligera y reciente construcción, rodeadas de fuentes, jardines bien cuidados, de otro corte y disposición que los enormes jardines del Cerro donde todo es exceso confuso, abrumador del lujurioso follaje de la vegetación tropical. Las rosas, los claveles, las dalias y las lilas asoman en ramilletes sus flores bajo glorietas y cenadores cubiertos de lianas y en canteros cuyas líneas simétricas señala el césped bien cortado.

Es, sin duda, el Vedado trazo ó esbozo de una gran ciudad de tipo moderno, construída conforme los consejos de la estética y de la higiene. Las casas aisladas, rodeadas de jardines con plantas y flores que purifican, entre vivienda y vivienda, el ambiente y le embalsaman; levantadas del nivel del suelo, con sus cuatro fachadas, por lo general, del mismo modo ornadas y atendidas; con sus dependencias, caballerizas, cocheras, apartadas del edificio principal y defendidas por rejas sólidas, pero no tan imponentes é inhumanas como las de Jesús del Monte y del Cerro; con sus calles anchas, rectas, hermosas, sombreadas por el movable y bien dispuesto ramaje de



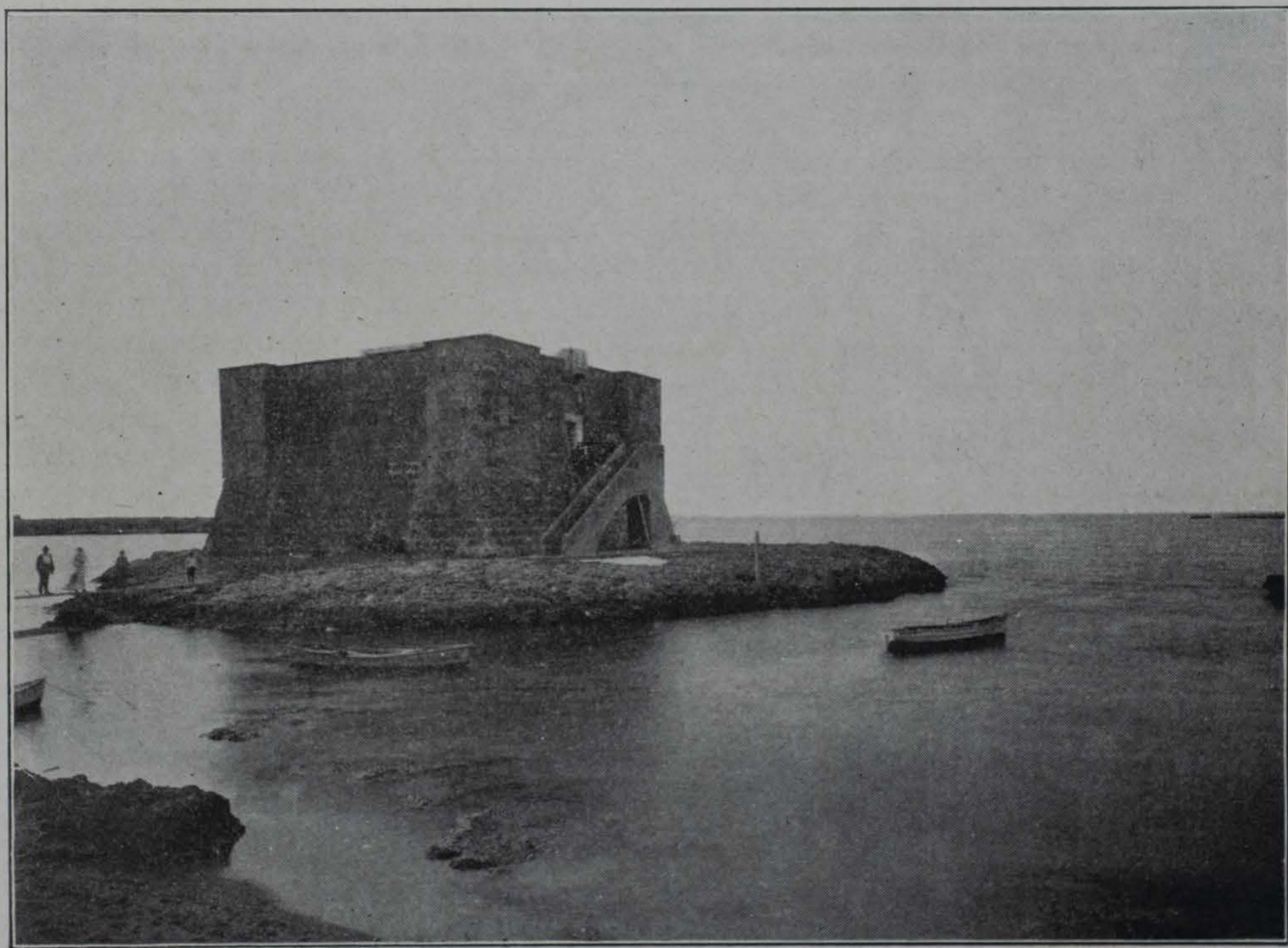
Un chalet en el Vedado



los esbeltos álamos; con nutridas líneas de telégrafos, teléfonos, cables, blancas bombas de luz eléctrica, revela desde muy lejos que ha alcanzado los beneficios y recomendaciones de una urbanización á la moderna.

La desembocadura del bello río Almendares, obstruída como casi todos los ríos de Cuba por barras de fango; las humildes y pobres chozas de pescadores linfáticos, soñolientos y descalzos que se pasan pe-

les ondas, siempre refrescado por la constante brisa que agita el ramaje de sus árboles y arrebatada los jazmines de sus lianas que caen al suelo como blanca y perfumada escaracha, cargados de límpidas gotas de rocío, al primer beso del sol de la mañana. Y siempre saturado del olor penetrante de las yerbas, que recuerdan prados de recién cortado lúpulo ó de heno, confundido, diluído, mezclado con el olor marino que exhalan los líquenes y algas de la



*Castillo de la Chorrera, Vedado*

nosamente la vida á cuestras con sus cachuchas, arrastrándolas más penosamente en la orilla de tierra que en la alta mar, cargados de chinchorros, nasas, tarrayas, redes, cañas y anzuelos; las canteras donde trueña el pistolete lanzando trozos de roca y la larga línea de copas puntiagudas de los cipreses del Cementerio de Colón, imprimen notas típicas y originales á este hermoso y simpático caserío, siempre arrullado por el rumor perenne de las azu-

costa rocallosa y que tanto contribuye á mejorar la sazón el apetito ante la mesa de sus aéreos hoteles.

Hay otra nota típica en el caserío del Vedado, cuyo nombre proviene del terreno en que está situado y donde se prohibió ó vedó cortar leña para carbón y que ha sustituido, sin ventaja, el más sonoro de Carmelo; esa nota la da el Castillito situado hacia la boca del Almendares, esbelto, bien conservado en su islilla de roca, con su escalera tan bien

construída que parece cortada en un solo bloque de piedra, con el escudo ante la puerta del alto rastri- llo de inscripción arcaica perfecta- mente legible y que por las tardes, cuando el poniente tiñe de rosa las enormes masas de nubes ó la ex- tensa superficie del mar; ó bien de noche, cuando ancha faja de luz de luna riela en el mar con resplando- res de plata, el castillito, recorta so- bre el fondo luminoso, en negras lí- neas, los rígidos contornos de sus rebellines y bastiones. Si solitaria embarcación se acerca dibujando también el negro espectro de sus mástiles, casco y velas, despiértan- se en la imaginación escenas medio- evales en que se mezclan, confusa- mente evocadas, ideas de castellano orgulloso y doncella aprisionada, de galán que astuto y osado ronda y de trovador que al són de la vi- huela emite cantos que se confunden con suspiros salidos de las celosías cubiertas de cristales y de rejado....

Este pequeño fuerte de la Chorre- ra es contemporáneo de Cojímar y ambos completaban á barlovento y sotavento, el sistema general de de- fensa de la ciudad, amurallada, am- parada en su puerto por los impo- nentes castillos de la Fuerza, el Mo- rro y la Punta que figuran como blasón en su escudo. Las obras de este castillo habían sido costeadas por los vecinos de la Habana y dis- puso el gobernador, D. Alvaro de Luna, que su defensa y guarda se confiara á una guarnición de cuba- nos. Fué batido en los días 9 y 10 de Junio de 1762 por los navíos in- gleses Belleisle y Nottingham, en tan- to que las fragatas Cerberus, Mer- cury y Bonetta hacían fuego contra

el bosque y loma de S. Lázaro, de- fendidos por el coronel D. Alejandro Arroyo y Regidor D. Luís de Aguiar al frente de un millar escaso de mi- licianos y sin más fortaleza que la débil é inútil que pudiera brindarles el torreón de S. Lázaro, puesto allí de vigía, para comunicar con el Mo- rro la presencia de algún buque sos- pechoso. Este ataque fué para pro- tejer el desembarco de Lord Albe- marle y sus tropas hácia Punta Brava. El torreón de la Chorrera sostuvo valientemente el combate que por la parte de sotavento le ha- cía la escuadra enemiga hasta que, agotándose las municiones, tuvo su guarnición que acogerse á las mu- rallas de la ciudad dejando también indefenso á S. Lázaro, donde levan- taron los ingleses, desembarcando por la Caleta, una trinchera en que á la par que la de la Cabaña, recién tomada también, dominaban las murallas y fortalezas de la ciudad.

Casi todos los que hemos vivido algo más de treinta años hemos vis- to surgir el actual caserío del Veda- do. Poco antes era sólo vasta y so- litaria playa como cualquier otra de las de Cuba, cubierta de uveros, aromas, cactus é hicacos, donde só- lo se oía el ruido del hacha del pica- pedrero ó el atronador del barreno que desmoronaba la roca para em- plearla en las construcciones de la Habana. Hoy todo ha cambiado, las brisas, los baños, los chalets, los jardines, las flores, el tranvía eléc- trico y la luz de arco voltaico han llenado de vida y atractivos aquel barrio que levanta sus lindas y ca- prichosas viviendas entre el verde follaje de sus árboles, sobre la masa compacta de su rojo, muy rojo suelo.



Acto I de "Maria de Magdala"

## RENACIMIENTO DEL DRAMA RELIGIOSO

POR ADRIAN DEL VALLE

ES CURIOSO observar, precisamente cuando tanto se discute la decadencia de la Iglesia, el renacimiento del drama religioso. Naturalmente, ante hecho semejante, lo primero que se nos ocurre es indagar la causa, de ese nuevo desenvolvimiento y el efecto que puede ejercer sobre el espíritu público. Desde los primeros días de la iglesia, inicióse una protesta continua por parte de la autoridad eclesiástica contra la introducción en los escenarios de un personaje sagrado; pero esto no ha impedido jamás á autores y actores, el adaptar los primeros en sus dramas y representar los segundos, escenas y personajes de las sagradas escrituras.

Donde quizás sea más de notar ese renacimiento del drama sacro es en los Estados Unidos, país eminentemente práctico, poco dado á misticismos, aunque no falto de sentimiento religioso.

Uno de los dramas más discutidos y que mayor sensación ha causado en Nueva York, ha sido "Audrey", bella producción, en una de cuyas escenas se representa una iglesia

puritana en el momento de pronunciarse un sermón. Otro drama, representado también con éxito, ha sido una especie de reproducción de pasajes de la Biblia, relativos á la traición de Judas y crucifixión de Jesucristo.

El propósito, quizás no intencional, de los dos dramas citados, es el de poner de manifiesto la hipocresía y mezquino celo que á menudo se transparenta en ciertas manifestaciones de la vida religiosa, á la vez que glorificar á la Divinidad, en la que se condensa la universal sabiduría y es todo amor y bondad.

Otro drama sacro estrenado en Nueva York, fué el titulado "Everyman", anunciado en los carteles como "un gran drama moral". El propósito del empresario, al darle semejante subtítulo, fué seguramente el de interesar al público serio. En realidad, el drama es una reproducción de uno de los dramas moralistas del siglo XV, y se pone en escena, en lo posible, con la misma pompa y solemnidad de aquellos tiempos y hasta con la pobreza escénica que prevalecía entonces.



Judas y Haran en "María de Magdala"

El modo especial en que se puso en escena "Everyman", bastó para producir general espectación y despertar gran interés. El lugar en que se representó, Mendelssohn Hall, con sus altos muros, sus severas sillas de madera, desnudo suelo y pálidas luces, añadía un nuevo atractivo para los que van en busca de algo que se diferencie de lo usual. Añádase á esto, que los programas estaban impresos en papel blanco, omitiéndose los nombres de los actores, y suplicando á los que asistieran que no aplaudieran. ¡Qué sensación tan particular no sentirían los espectadores en aquel tético y frío ambiente, oyendo las sentencias sepulcrales de la *Muerte*, amonestando á los hombres á que se preparen para emprender el camino á cuyo final tendrán que confesar ante Dios el modo como han vivido!

Cualquiera, cansado de ver las brillantes representaciones del teatro moderno, con su riqueza de detalles, sus magníficas decoraciones, su resplandeciente sala de espectáculos, se siente, siquiera una vez, inclinado á gastarse dos pesos para asistir á un espectáculo como el de *Everyman*, oyendo sin interrupción durante una hora y tres cuartos las bellas frases, las inspiradas sentencias, las palabras de consuelo que parece tienen la momentánea virtud de hacer menos terribles los reclamos inexorables de la muerte. Al-

gunas veces parte de la audiencia, olvidándose de la súplica de "no aplaudir", no puede menos que batir palmas ante la admirable ejecución que á la obra dan los artistas. Como obra literaria, *Everyman*, desde el principio al fin, mantiene un tono puro y firme, y es una bella ilustración de la estima en que tenían al drama los puritanos ingleses. El mejor elogio que puede hacerse de la obra, es que á pesar de su especial construcción y de que representa un método y unas tendencias literarias muy diferentes á las nuestras, gustó á una parte del público, acostumbrado á ir al teatro en busca de diversión y pasatiempos.

Cuando se representó por primera vez *El Cristiano*, de Hall Caine,—y nos referimos al mismo, no obstante el tiempo transcurrido, porque fué el primer intento en los Estados Unidos de llevar á la escena el drama religioso en su forma más alta—se promovió una gran discusión acerca del pro y el contra de llevar á la escena asuntos sagrados. Los empresarios entonces, dieron una gran *matiné*, especial, invitando á ella á todos los sacerdotes de la ciudad, con la recomendación de que después de vista la obra, la juzgaran sin pasión.

A propósito de la crítica acerba que el teatro merece á muchos sacerdotes, recordaremos el caso citado por un escritor americano:

"Visitando al pastor de mi iglesia,



Una escena de "Everyman"

## DRAMA RELIGIOSO



Acto III de "The Eternal City"

ví en su gabinete de estudio dos localidades de teatro, tiradas en el cesto de papeles inútiles. Mi caro pastor cree todavía en el diablo, armado de cuernos y adornado de rabo, ó á lo menos así lo describe en sus sermones, llenos de elocuencia y pasión, en los que anetamatiza, con duros términos, las vanidades mundanales, especialmente el teatro, al cual llama "escuela del vicio". Pero ¡oh, poder del mundo vano! cuando el pastor se cansa de pronunciar sus elocuentes sermones, hace un viajecito á París ó se da una vueltecita

hasta la Habana, ó va á cualquier capital alegre, y allí procura recuperar sus fuerzas espirituales al modo de cualquier mortal. Sabiendo todo esto, al ver las dos localidades antes citadas, creí haberle cogido con las manos en la masa, como vulgarmente se dice; mas me equivoqué, si señor, me equivoqué lastimosamente. El austero pastor había colocado deliberadamente allí aquellos profanos pedacitos de papel azul, con el propósito de *excitar* la curiosidad de los visitantes maliciosos, como yo, y aprovechar de

## DRAMA RELIGIOSO



Escena en la iglesia del drama "Audrey"

paso la ocasión para censurar acerbamente á los empresarios, autores y actores que se atreven á llevar á la escena, las bellas lecciones que sólo deben ser predicadas en el púlpito.

—¿Ha leído usted *El Cristiano*?  
—le pregunté.

—No — replicó, — he leído solamente algunas críticas y los anuncios del mismo; esto me basta para juzgarlo.

“Ahora bien, ese señor ministro, un buen cristiano seguramente y que á su modo procura hacer todo el bien que puede, es un verdadero representante de la clase de ministros que todavía censuran con todas sus fuerzas una profesión, cual es el arte teatral, que, cual ninguna otra, puede presentar ante el mundo las grandes lecciones de la vida que elevan el alma é impresionan profundamente aun á los seres más insensibles é ignorantes”.

A *El Cristiano*, que tanta impresión produjo en el público, siguió *Ben-Hur*, de Klaw y Erlanger, otra gran producción que para muchos llegaba cerca de los límites del sacrilegio. Hay que advertir que precisamente esa idea del sacrilegio, explotada habilmente por los empresarios, llevó al teatro infinidad de gente, atraída además por la magnífica é imponente presentación escénica del drama.

Hubo un tiempo, no muy lejano, en que el teatro, desmoralizado por ciertas producciones, era una escuela de depravación. Una hojeada á la diatriba publicada por Jeremías Collier, “Breve descripción de la in-

moralidad y profanación del teatro inglés”, publicado en 1698, hará que el lector que conozca el estado actual de nuestro teatro, sienta admiración por un arte que ha alcanzado tan espléndidas alturas en tan corto tiempo y á pesar de la oposición que constantemente ha encontrado en el mundo religioso.

En el celebrado drama *The Eternal City* (La Ciudad Eterna) de Hall Cain, que actualmente se está representando con éxito en Nueva York, un actor, E. M. Holland, personifica al Papa León XIII. Al padre de dicho actor, al morir, hace unos treinta años, se le negó cristiana sepultura en el cristiano New York, por el enorme delito de ser un actor. Inexplicable intransigencia y contradicción en ministros de una religión que predica la caridad como una gran virtud y que á menudo nos repiten que ninguna criatura puede privar á otra del amor divino.

Pablo Heyse, autor de otro drama sacro *Mary of Magdala*, ha ido á buscar en el corazón mismo de las Escrituras, los

materiales de su obra, y empleándolos reverente y piadosamente, con espléndido tacto y discreción, ha logrado elaborar un drama religioso admirable único quizás en su género. Su argumento, en realidad, no todo está basado en la Biblia; algo debe á la ficción. La representación de la obra nos transporta dos mil años atrás, y presenta á nuestra imaginación las maravillosas escenas de aquella vida. El papel principal, María Magdalena, está á cargo de Mrs. Fiske.



Miss Eleonor Robson en su papel de Aulrey

# ALFREDO DREYFUS

POR W. F. STEAD

Traducido Por F. P. Machado

## I

SI LA repetición constante de un nombre en la prensa periódica implica celebridad para el que lo lleva, Alfredo Dreyfus, es el hombre más notable que ha vivido. Nunca, desde que existe el periodismo, ha jugado en él más conspicuamente y con más tenacidad, ningún otro nombre como el de este oficial de artillería de treinta y nueve años de edad.

La fama le ha encumbrado á su pesar; porque no resulta célebre por lo que hizo, sino por lo que dejara de hacer, y por sus horribles sufrimientos. Ni fueron tampoco sus dolores los que llamaron la atención del mundo civilizado, ni ellos la causa secreta por la cual las agencias periodísticas de Europa y América se han gastado cientos de miles de libras esterlinas en transmitir á todas partes, detalle por detalle, el proceso de guerra celebrado en Rennes, porque, no obstante las torturas sufridas, si á Dreyfus le despedazan como Ravillac ante el Hotel de Ville en París, todo habría sido cuestión de una semana y nada más.

El caso de Dreyfus ha monopolizado la atención del mundo, teniéndola en suspenso por varios años. La historia no registra, que sepamos, su paralelo, á no ser el caso de Tichborne que en Inglaterra preocupó grandemente el sentimiento público por algún tiempo; pero Tichborne fué un monstruo local, exclusivo de Inglaterra, mientras que Dreyfus resulta un caso extraordinario, de fama universal.

¿Y por qué sucede que este hombre sea el sér humano de cuya suerte se ha ocupado la humanidad toda?

Puede afirmarse que la causa no es su sola personalidad.

Cuando se me ocurrió escribir esta crónica fué mi intención limitarla á un simple bosquejo del carácter del individuo; pero luego pensé que eso á pocos habría de interesar, porque el hombre en sí no se diferencia mucho de la generalidad de los demás hombres.

Bravo, inteligente, ambicioso de prestigios, amante de su familia, se ve detenido en su carrera con violencia, en la flor de su edad, por una terrible é inesperada catástrofe.

Aturdido por el golpe sólo sabe balbucear apasionadas afirmaciones de inocencia, que luego se apagan en el silencio sepulcral que rodea la celda en la cual le entierran vivo.

Decaído por las dolencias físicas, torturado por hondos resentimientos, olvidado de los hombres, atacado por enemigos invisibles, cada vez que se abren las puertas de su calabozo se oye el grito lastimero de la inocencia ultrajada, las mismas apasionadas apelaciones á la justicia. La puerta se cierra y nada más se vuelve á oír hasta que, pasados cinco años, Dreyfus, prematuramente anciano, con cabello blanco antes de los cuarenta años, es exhumado de su viviente sepultura y traído á la diáfana luz del día.

Por un mes se yergue bravo ante todas las calumnias y persecuciones; se convierte en el punto objetivo al cual se dirigen todas las miradas, el centro de atracción de todo interés público, atrayendo la curiosidad y las simpatías del mundo.

Es el mismo Dreyfus. Una y mil

veces repite que es inocente y hace apelaciones á la justicia de los hombres. Siempre se presenta invariable, víctima injuriada, afrontando con indomable entereza y fuerza de inteligencia todas las vejaciones, todas las intrigas, todas las infames maquinaciones de sus enemigos.

Pero esto que es muy fascinador, muy interesante como espectáculo para el cultivo de las grandes emociones, con ser así ni es suficiente, ni aclara nada á la conciencia humana el misterio en que todo ello se halla envuelto.

Dreyfus nos interesa más como víctima que como carácter.

Cuando un obrero cae, por desgracia, en el engranaje de una rueda que le despedaza, los espectadores no se preocupan poco ni mucho de las idiosincrasias del individuo en aquel momento, porque la idea que primero prevalece es la de ver cómo se detiene el mecanismo destructor. Y si los hombres á cuyo cuidado se encuentra aquél no se muestran diligentes y hábiles para detenerlo, entonces, lo primero que resalta es la cuestión de inhumanidad, sin que la persona triturada en sí sea la que despierte aquellos sentimientos.

Variando la metáfora diremos que Dreyfus ha resultado ser *el papel tornasol* sumergido en el líquido que se llama Francia para precisar el carácter de ésta.

Su caso debe su importancia, no á los hechos que señala acerca de sí mismo, sino á las constantes revelaciones que ha hecho de la naturaleza real de la gran nación francesa. Es el día de juicio final que se le ha anticipado á los franceses. Verdad es que no vemos el trono blanco ni el Dios que en él se sienta para juzgar, pero abiertos están los libros y cada hombre que aparece en la escena de esta tragedia será juzgado según sus hechos.

A través de la nación francesa entera, desde el más encumbrado al más pequeño, este caso de Dreyfus ha pasado cual luz de mágico espejo, reflejando el espíritu que infor-

ma en la actualidad el carácter de la moderna Francia. Presidentes, generales, periodistas, políticos, ministros de la iglesia, todos, todos han sido probados por el papel tornasol de Dreyfus.

Como espada de dos filos que igual corta por las coyunturas que hace astillas los huesos, ha demostrado al mundo que en la moderna Francia, en mezcla extraña y raro contubernio, van del brazo la nobleza y la plebe, el heroísmo y el crimen.

Dreyfus en sí desaparece á una absoluta insignificancia, cuando se compara con las inmensas perspectivas que la vista de su causa ha descubierto. Sólo puede considerarse como un mero punto de interrogación. ¿Cuál ha sido la respuesta?

En lo que toca á la representación militar de la Francia, se ve que el militarismo labró su propio descrédito haciendo del ejército un ídolo al que debe sacrificarse la justicia y subordinarse todos los intereses. La contestación no puede ser menos favorable.

El militarismo ha fomentado una anomalía.

Los ejércitos se crean y sostienen para dar á las naciones independencia, prestigio, confianza en sus progresos y el puesto que les corresponda en el concierto universal.

El Estado Mayor francés ha sido cobarde y criminal.

El pensamiento intuitivo de todos los grandes comandantes de ejército parece haber sido este:

No podemos, ó no nos atrevemos, á admitir la hipótesis de que podamos equivocarnos. Somos demasiado débiles para confesar la verdad. A costa de cualquier mentira, perjurio, falsificación, y aun asesinato, es preciso sostener las apariencias de que hemos procedido con acierto, ó hecho las cosas bien hechas. Es preferible que muera un judío injustamente, á menguar el prestigio del Estado Mayor.

Esta parece haber sido la norma de conducta del Estado Mayor fran-



cés, y laborando sobre tales principios, cayó en poder de Némesis.

La injuria hecha á su propia reputación resulta de una firme y completa creencia de que las decisiones del Consejo de Guerra jamás saldrían del círculo estrecho de sus oficinas, siendo apenas nada lo que pudiera traslucirse.

Pero después se han diafanizado los ardides de que se valieron para ocultar lamentables errores, pretendiendo encubrir supercherías con visos de legalidad.

El mundo lo apostrofa con escarnio é indignación.

Si se analizasen de igual modo las grandes dosis de veneno que se acumulan y participan en los cuarteles generales de los ejércitos, la bondad de las naciones se hallaría también mezclada en el fondo de esos precipitados.

Porque la sustancia salvadora, el antídoto, se encuentra á veces mezclado con el veneno. Y aquí se ha encontrado en los magníficos servicios prestados á la causa de la justicia, por soldados como Picquart; senadores como Scheurer-Kestner; periodistas como Lazare, Clemenceau y De-Presence, hombres de le-

tras como Zola y jurisconsultos como Labori y Demange.

Ellos han reivindicado la merecida fama del nombre francés; pero á no ser por el papel tornasol Dreyfus, sus nombres tal vez habrían permanecido ignorados, mientras que, gracias á él, nos son hoy tan conocidos como los muebles de nuestro hogar.

Por eso la cuestión Dreyfus, como luz del Señor iluminando el fondo de las conciencias y poniendo de manifiesto con todo el resplandor de la verdad los grados de decadencia y de virtud de la nación francesa, ha absorbido de un modo tan intenso la atención pública.

Como resultado han aparecido en el escenario de las naciones infamias inconcebibles y actos de heroísmo que, por su clase, me parecen pertenecer á los mejores días de la Francia.

Para que el lector pueda darse una idea más completa de esta tragedia, desde sus comienzos hasta el fin, he apuntado los hechos más culminantes dividiéndolos en capítulos. Fueron tomados por su orden en el proceso celebrado en Rennes.



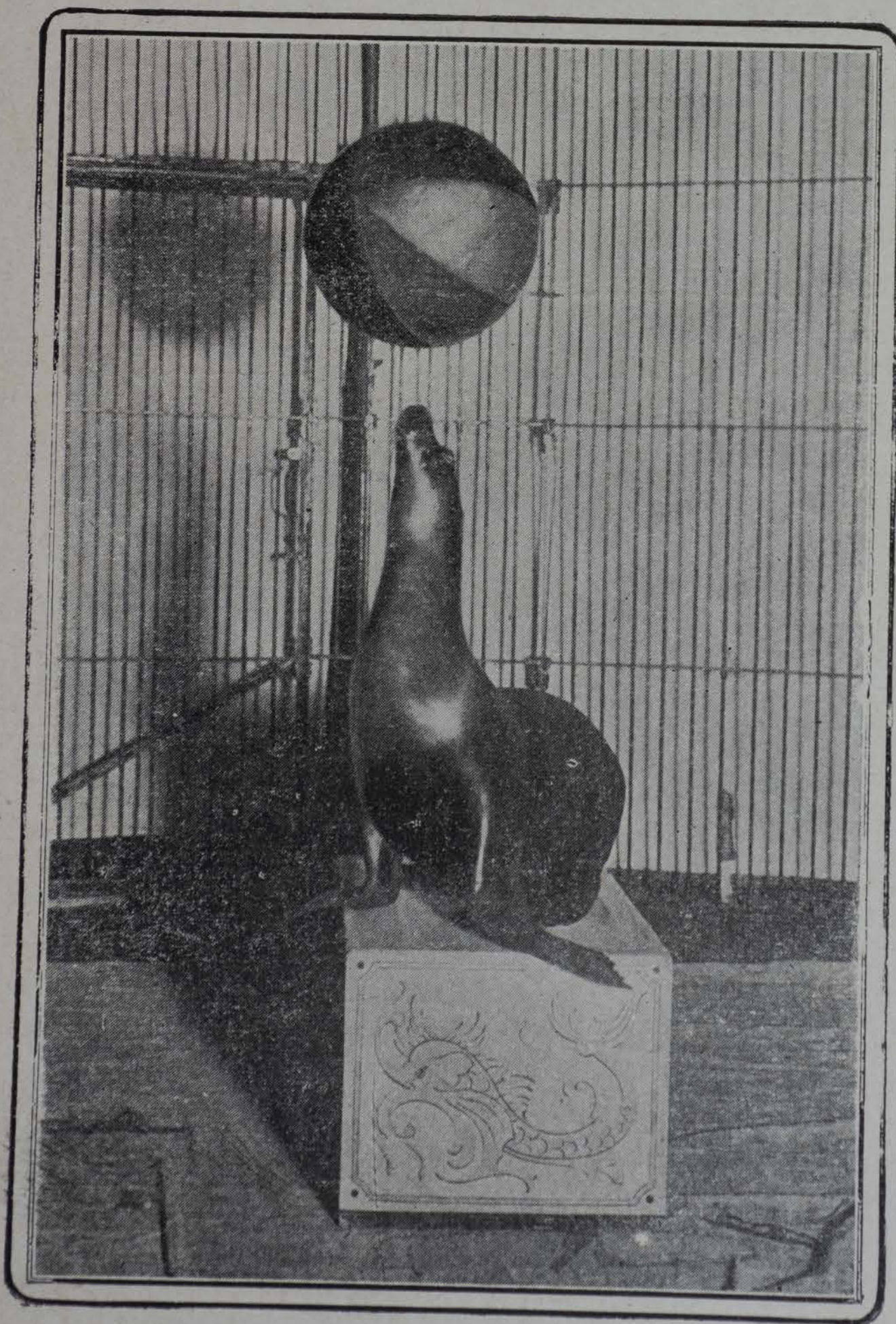
# EL AMAESTRAMIENTO DE LOS LOBOS MARINOS

P O R E . C .

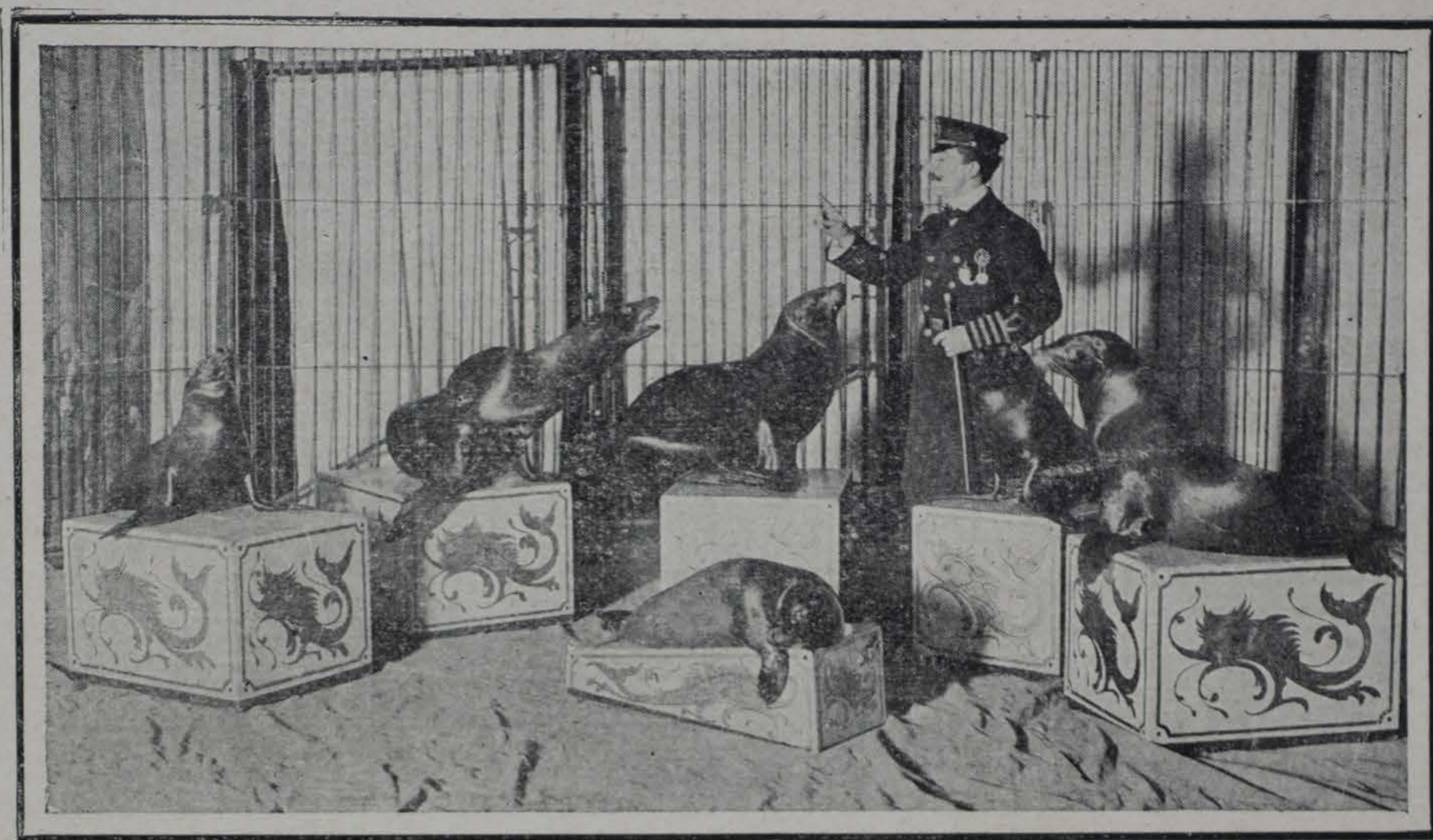
**M**EDIA docena de informes lobos marinos brincando en un escenario, graznando y ladrando y ejecutando á la vez cosas maravillosas, no parecen en verdad animales peligrosos y formidables; sin embargo, nada hay tan doloroso como la mordida de uno de ellos. Un notable domador de lobos marinos, Mr. Carlos Judge, guarda en su cuerpo profundos recuerdos, en forma de cicatrices, de los ataques de sus aprovechados discípulos, esos extraños animales mitad marítimos y mitad terrestres. La mordedura

del lobo marino es venenosa; á veces, según como sea dada, produce una peligrosa herida. Aunque dicho animal muévase lenta y penosamente en la tierra, los movimientos de su cabeza y cuello son extremadamente lijeros. El cuello parece poseer una cualidad elástica, tanto que sorprende á veces la altura que puede alcanzar. El lobo marino como el perro de presa, difícilmente suelta lo que muerde. Cuando hunde, por ejemplo, los dientes en la carne, agita la cabeza á ambos lados, y da luego una rápida sacudida. El resultado es, si la mordida es suficiente profunda, que el animal arranca un pedazo de carne.

El método de ataque de la foca es diferente, y su mordedura no es tan peligrosa como la de su hermano mayor el lobo marino. En Alemania, se da el nombre de perro marino á la foca, quizá porque su ladrido se parece al del perro; los ingleses llaman al lobo marino *sea lion* (león marino). Este es mayor que la foca y á la vez más fuerte y feroz. Generalmente atacan al hombre haciendo presa en las piernas ó en el estómago, partes que le son más asequibles. Sólo aquel que ha domesticado focas y lobos marinos, puede apreciar debidamente y por propia experiencia, el peligro que ofrecen, particularmente al principio de la domesticación. Mr. Judge afirma que nadie todavía se ha atrevido á domar un lobo marino completamente desarrollado, por el gran riesgo que en



El juego de la bola, ejecutado por un lobo marino



Oyendo las instrucciones del amaestrador

ello se corre. La instrucción comienza siempre cuando el animal es joven y no ha llegado aún á la plenitud de su fuerza. Su amaestramiento ha de ser puramente individual. Un caballo, un elefante y hasta un león, dicen los domadores, seguirá sin gran dificultad el ejemplo de otros animales de su especie que han sido debidamente amenazados y amaestrados. Hasta cierto punto, poseen el instinto de imitación, y en apropiadas circunstancias y según el medio que les rodea, se conducen imitando lo que ven hacer á los otros animales de su especie. No sucede lo mismo con las focas y lobos marinos, los cuales requieren individualmente un tratamiento especial.

Esto nos demostrará la extraordinaria paciencia del hombre que se dedica al amaestramiento de dichos animales, y nuestra admiración será mayor si tenemos en cuenta los trabajos difíciles que de ellos llega aquél á obtener. Entre los hechos más notables de la *troupe* de lobos marinos que dirige Mr. Judge, están los juegos de engaño y de equilibrio. Un lobo marino arroja un sombrero de clown á otro; este lo coge al vuelo con su nariz y lo arroja otra vez al primero. Otro de los

lobos marinos, sostiene una gran bola al extremo de su nariz, y la tira al aire continuamente sin dejarla caer al suelo. Otro mantiene horizontalmente en su boca una antorcha encendida por sus dos extremos, tirándola al aire y cogiéndola de nuevo, sin dejarla caer hasta que se lo ordena el domador. Estos juegos es muy difícil hacerlos aprender. He aquí como Mr. Judge explica el procedimiento que sigue para convertir en juglar á un lobo marino.

“Lo primero que hay que enseñarles,—dice—es salir fuera del agua. Cuando ve algo fuera de lo usual, en lo que cree ver un peligro, el lobo marino húndese en el agua. Difícil es hacer de modo que salga de su líquido elemento; el mejor modo para lograrlo es engañándolo con pescado. El proceso es largo á veces y sumamente trabajoso. Conviene, para facilitar la operación, dar al lobo marino un nombre para que se acostumbre á salir cuando lo oiga, premiándole con pescado cada vez que lo ejecuta. Esto debe hacerse todos los días, hasta que el animal adquiere la costumbre de salir, involuntariamente, cuando oye su nombre.

“Obtenida á satisfacción esta

primera parte, llevo al lobo marino á una habitación y empiezo su enseñanza. En el cuarto estamos los dos solos, el lobo marino y yo, sin admitir por ningún concepto á ningún intruso, y la sesión dura hora tras hora. Para enseñar á mi lobo marino "Charley", tirar á lo alto con su nariz una bola, sin dejarla caer, seguí el siguiente procedimiento:

"Lo primero que hice fué acostumbrarlo á sostener la bola sobre su nariz. La bola, por supuesto, era de cuero muy ligera, y de un pie de diámetro. Charley, al principio no se prestaba á ello é intentaba alejarse. Yo procuraba mantenerla una y otra vez, á veces horas enteras, y día tras día; finalmente, empezó á sostenerla en su nariz, en vez de apartar la cabeza y dejarla caer; pero todavía no la golpeaba hacia arriba y la tomaba de nuevo al caer, sino que simplemente después de dar el golpe, apartaba con presteza la cabeza.

"Como yo estaba sentado á su lado, cogía la bola cuando él la lanzaba é inmediatamente la colocaba otra vez sobre su nariz. Al fin llegó á comprender que al dar el golpe debía esperar la bola para repetirlo.

"Próximamente me pasé seis meses de casi diaria práctica, para que

el lobo marino efectuara el juego. Cuando lo hubo aprendido, sólo me restó obtener que lo repitiera siempre que se lo solicitara. Son dos cosas diferentes el amaestramiento y la ejecución. En el amaestramiento, nunca debe castigarse al animal, en ninguna forma. La razón es que con ello se distrae la atención del lobo marino acerca de lo que está haciendo; en lugar de tener sus ojos fijos en la bola, los tendría puestos en el látigo del amaestrador. El objeto principal es hacer que el animal repita una y otra vez la misma acción, hasta que sea en él una costumbre, de modo que cuando se le arroje la bola, sepa ya lo que debe hacer. Si se muestra rehacio, puede recordársele suavemente lo que se espera de él. Los lobos marinos y las focas son animales muy sensibles, con algunas excepciones, por supuesto. Se logra más de ellos por medios amistosos que no inspirándoles miedo al castigo.

Uno de los mejores lobos marinos que yo poseía, mejor en el sentido de lo bien que ejecutaba los juegos, era sin embargo tan poco sociable que se corría peligro á su lado. Ejecutaba los juegos con precisión, sin fallar ninguna vez, pero no gustaba de las caricias. Hay otros que son juguetones como niños. En general



Una banda de lobos marinos

los lobos marinos son bastante susceptibles á enfermarse. Uno de ellos, por ejemplo, que parece hallarse en perfecta condición, que es activo y corre como de usual, de momento se enferma y muere en el término de una hora. Poco se sabe respecto á la enfermedad de las focas. No hace mucho tiempo, perdí de una vez cinco focas y lobos marinos. Murieron, creo, á consecuencia de resfriados. Semejantes accidentes me obligan á tener siempre dos ó tres de dichos animales de repuesto ya amaestrados y á estar

seaba de él. Después, cogía sus aletas delanteras y las golpeaba á la vez”.

La operación indicada por Mr. Judge no es fácil, como pudimos apreciar en una prueba práctica que hizo á nuestra presencia. Mr. Judge fué á coger á Chaley, que estaba muy excitado; repetidas veces se le escapó de las manos, hasta que finalmente logró sujetarlo y colocarlo en posición adecuada; al momento que lo tocó con su pequeño látigo, empezó á batir aceleradamente las aletas.



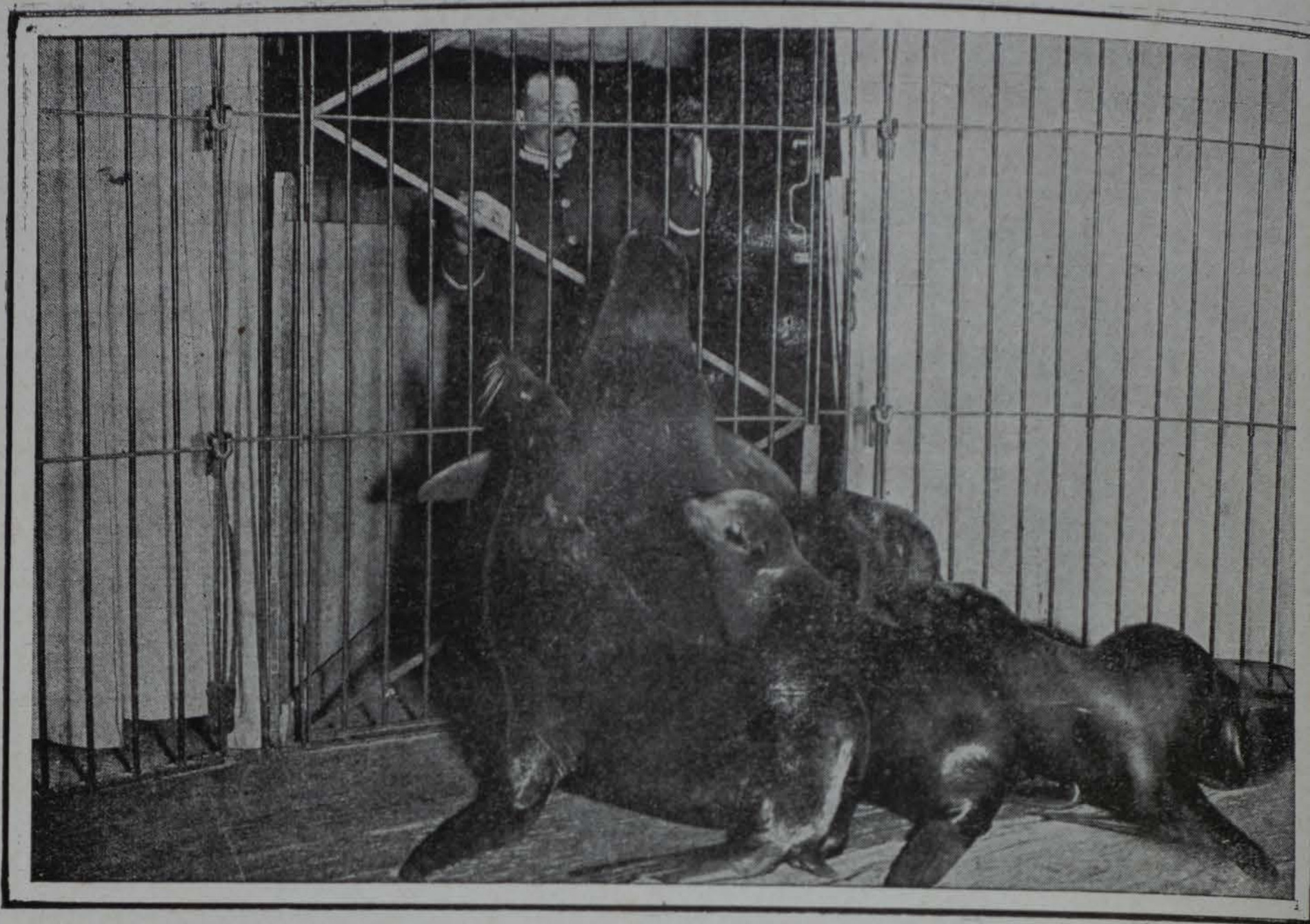
Un "coro" de lobos marinos

continuamente enseñando á otros los juegos que ejecutan en público.

"Charley es uno de mis sustitutos, y está aprendiendo ahora aplaudir con sus manos para mostrar á la audiencia que sabe apreciar la música de la banda de focas, y los juegos de sus camaradas. Hago que se tienda en el suelo, la cara hacia arriba, y que golpee sus aletas una contra otra. Para acostumbrarlo á ello, tuve al principio que colocarlo en la posición indicada y sujetarlo así durante largo tiempo, para que llegara á comprender lo que de-

"Una vez aprendido esto—dijo Mr. Judge—puedo ya atar en las aletas los tamboriles y hacer que Charley toque en la banda”.

Desgraciadamente esos lobos marinos y focas que tanto divierten al público, están muy propensos á la ceguera. En la colección de Mr. Judge existe un viejo lobo marino, Nero, que está totalmente ciego. Sus ojos parduzcos tienen en su centro una mancha azulosa. Es una víctima de su profesión: la luz de calcio de los escenarios, quemó su vista. Acostumbrados estos animales en



*Esperando la comida después del trabajo*

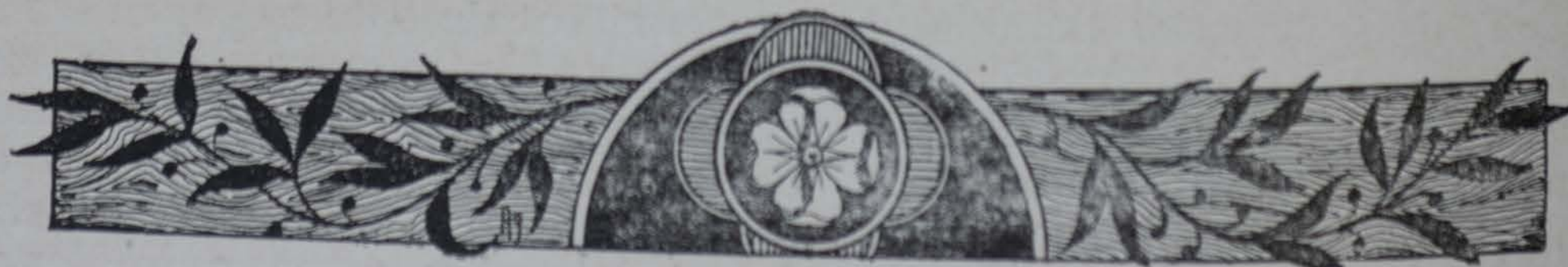
su estado primitivo á pasar mucho tiempo debajo del agua, sus ojos no tienen suficiente fortaleza para resistir la viveza de la luz artificial. Nero fué un actor durante ocho años consecutivos. Cuenta en la actualidad diez ú once años de edad y su ceguera le vino gradualmente. Al principio actuaba de juglar, pero la falta de vista le obligó á dejar esa ocupación. A pesar de su ceguera, todavía toma parte en los trabajos de la *troupe*, y es curioso ver al pobre animal sin vista como encuentra su camino y sigue las instrucciones.

“Conoce perfectamente mi voz,—dice Mr. Judge,—sabe de que dirección viene, y esto le sirve para orientarse. Cuando le llamo para

que se dirija á su asiento, muévase en su dirección, hasta que lo toca con su nariz y luego salta sobre él. Su caja siempre ocupa la misma relativa posición á la entrada del escenario, de modo que le sea fácil, ya por la costumbre adquirida, de ir hacia ella”.

Al parecer, esos animales ejecutan con satisfacción sus trabajos y esperan con placer el momento de salir á las tablas

Pero si satisfacción demuestran al empezar, no es menor la que parecen experimentan al concluir, y esto último puede quizás explicarse porque saben que les espera una buena ración de pescado, como premio al *deber* cumplido al finalizar sus ejercicios.



# LOS ELEMENTOS DE LA HISTORIA

POR EL DR. ERASTUS WILSON

## INTRODUCCIÓN

LA ÚLTIMA mitad del siglo XIX se señalará en el porvenir por haber sido la época del nacimiento de la verídica historia, ó sea la fiel narración circunstancial y cronológica de las condiciones é influencias físicas, morales é intelectuales que se han sucedido en la evolución de las sociedades humanas.

Como condición previa ha sido necesario convencer al mundo, no sólo de que el *Mecanismo Celeste* de Descartes y de Newton, está fundado en la realidad, sino también de que todo el universo está perfectamente subordinado á su mecanismo racional, y regido por leyes fijas é invariables al alcance de la inteligencia humana. Armado de este concepto, el crecimiento del espíritu de sincera y respetuosa investigación de todo lo que se relaciona á este desarrollo de la civilización ha venido á ser activa y sistemática en la observación de la secuencia natural y las facilidades y obstáculos que se ha encontrado en su progreso.

Este concepto de causación natural en el gobierno del universo ha facilitado una comprensión más exacta de la historia y de las influencias que han presidido á su evolución y las causas de sus tardanzas y extravíos.

Dos errores radicales, nacidos de datos insuficientes, han desviado el desarrollo de la historia durante el curso de los tiempos. Uno fué el concepto de que los hombres son por naturaleza originalmente perezosos, y que la enseñanza secular no aumenta su moralidad. El otro fué que la civilización y la moralidad que existen en las sociedades son debidas á la influencia de los grandes hombres y no á la evolución unificadora de los hombres y

sociedades, por la ampliación creciente de sus mutuos intereses y relaciones.

Guiada por estos errores la historia literaria, ha consistido sólo en la repetición de los relatos de autores clásicos sobre las biografías y peripecias de las dinastías, como por ejemplo sus hazañas militares en guerras y conquistas, que en muchas épocas han constituido *obstáculos* y no *causas* de la civilización.

En esta segunda mitad del siglo XIX las nuevas ciencias, de la Paleontología, la Filología y la Arqueología han introducido en la historia nuevos elementos menos susceptibles de ser sofisticados por intereses personales, estas nuevas evidencias han arrojado rayos luminosos sobre la historia, corrigiendo sus errores literarios y proporcionándonos interesantes golpes de vista dentro de las obscuridades de los tiempos prehistóricos. Estos nuevos elementos prestan vivo interés y significación al estudio de la historia, que deseáramos aprovechar en nuestras lecciones.

Es nuestro concepto que la historia de la vida humana no puede separarse de la naturaleza y de sus leyes. Está relacionada con las ciencias naturales irrevocablemente. La naturaleza impresiona la niñez poderosamente. Todas las formas orgánicas despiertan su atención; el reino vegetal deleita con su variedad de colores, y las formas animadas, particularmente los pájaros y las mariposas, le encantan y le entusiasman por sus variados tintes y vivos movimientos. Los alumnos de las escuelas primarias son tan impresionables y receptivos como la cera á todas estas influencias. Necesario es aprovechar este período de la vida para su enseñanza y educa-

ción, presentándoles todos estos objetos en su orden natural.

El buen éxito de su vida depende de la eficacia de nuestra instrucción y es de la mayor importancia mantener este interés obedeciendo á las leyes psicológicas que dirigen nuestros estudios en el orden y relaciones naturales, acompañándolos del mayor número de comprobantes.

La norma de la enseñanza moderna consiste, pues, en hacer que prevalezca la que más pruebas tiene, y no la que es más antigua.

Si hay algunos problemas que las ciencias naturales hayan determinado permanentemente, son los de la indestructibilidad absoluta de los elementos de la materia, la duración eterna de la energía ó fuerza en el mundo y la sujeción de ambas á las leyes omniscientes, omnipresentes, omnipotentes, inmutables é ineludibles. El calor, la luz, la electricidad y el magnetismo son formas mutuamente convertibles de la misma fuerza imponderable que mueve el mundo en sus innumerables formas kaleidoscópicas que inflaman nuestra imaginación y extravían las ideas primitivas de la humanidad entera.

Pero en este mundo transitorio hay fundamentos. Estos son: la unidad de su plan y las leyes fijas é inteligibles que lo rigen, y después de tantos extravíos especulativos, los hombres han descubierto estas fuentes perennes de segura enseñanza. Sus estudios sistemáticos y sinceros constituyen las ciencias modernas.

Estas consisten en el crecimiento continuo y progresivo de nuestros conocimientos positivos de objetos y de las leyes que rigen el universo. De este modo, conociendo la sabiduría y conveniencia de éstas, las acatamos armonizándonos proporcionalmente con ellos. Tales la influencia que lenta y silenciosamente, pero con pasos seguros y constantes, está modificando la civilización humana, y la historia ha de ser fiel intérprete de esta evolución. Somos deudores á la nueva ciencia an-

tropológica de sus provechosas lecciones y entre ellas las que han demostrado perfectamente que los hombres de todas las razas en su estado primitivo, manifiestan cualidades fundamentalmente idénticas; que estas cualidades no son permanentes, sino modificables, si bien con mucha lentitud, por el medio ambiente, ó sean los contornos tanto físicos como morales, y por las experiencias acumuladas en la vida práctica; haciéndose más rápida por la observación sistemática de los individuos más observadores, propagada á los párvulos y á los jóvenes de generación á generación.

Así la enseñanza moderna reconoce que sus alumnos son inseparables de la naturaleza y que para prepararlos para la vida es indispensable instruirlos en las exigencias de ésta en lo *físico, mental y moral*. Reconoce también que la civilización en las masas de la población progresa por pequeñas etapas de generación en generación y que el alcance de estas etapas depende del modo de aprovechar la enseñanza y educación de la niñez y juventud; pues los hábitos y costumbres adquiridas durante esta época de la vida, regirán inconscientemente todos los actos ulteriores.

Hemos llegado á conocer que la fuerza intelectual de los hombres, penetrando cada vez más adentro de las leyes y métodos naturales, aumenta progresivamente nuestro poder de producción de los artículos que proveen á nuestras necesidades físicas, al mismo tiempo que nos descubren nuevas y fructíferas vías de comunicación espiritual con el universo de que formamos parte. Esto es lo que caracteriza el progreso de la civilización, pues por íntimos que sean nuestros conocimientos del mundo natural en las formas que Dios lo ha hecho, más ha de ser nuestra admiración y simpatía por éste, y con la moralidad absoluta que en todas sus partes manifiesta. Siempre imponiendo en iguales condiciones, iguales y uniformes efectos,



sean reyes ó reos, príncipes, presidentes ó piratas, los que reciben sus consecuencias. Desde este punto de vista, la historia toma el carácter de investigación sobre la relación continua de causas naturales en el desarrollo de las sociedades humanas desde sus épocas más lejanas hasta nuestros días y estimula el estudio con sinceridad, sin preocupaciones egoístas de sus aciertos y de sus extravíos por insuficientes ó equivocados datos sus tristezas, retrocesos, progresos y triunfos en el aumento de sus conocimientos y de su poder dominante sobre las condiciones de la vida. Constituye en fin, la sociología científica cuya misión es señalar y evitar errores pasados y reflejar luces más claras en el camino de nuestro porvenir.

En la enseñanza de la historia tomada desde este punto de vista, la pasión del *chauvinismo* no puede concurrir, por ser incompatible con el juicio frío y desinteresado que exige el amor á la verdad absoluta que es la norma de toda investigación científica. En otras palabras: La historia en su aspecto moderno se refiere á los antecedentes de la humanidad durante los siglos pasados. Trata de descifrar sus pasos sucesivos en el desarrollo incesante de la civilización, tras infinitos desvíos impuestos por falta de claras luces, y en muchos casos, por egoísmos é intrigas para conservar privilegios á individuos y clases, consagrados á ellos durante muchas generaciones.

El primer concepto general que nos presenta este punto de vista de la civilización, es el creciente dominio de los hombres sobre las fuerzas imponderables de la naturaleza, sujetándolas á sus industrias productivas. Este dominio es el resultado indispensable del creciente conocimiento de las leyes físicas de estas fuerzas y de sus modos de acción, cuya posesión intelectual constituye un capital acumulado que queda como una herencia legada con repetidos aumentos á las gene-

raciones sucesivas, constituyendo el fenómeno más saliente de la civilización.

Si buscamos analogías, la Biología nos presenta una continua y creciente cadena de evoluciones desde los seres infinitamente pequeños á los átomos iniciales del protoplasma, hasta la más compleja organización en los seres humanos.

En el embrión de éstos la fisiología nos demuestra que desde el primer mes del embarazo cuando el primer elemento del sistema nervioso se deposita en el canal primitivo del blastodermo, los órganos se desarrollan para el sustento y servicio del organismo de la inteligencia, que es claramente un destello de aquel espíritu desplegado en los admirables, inteligibles y armoniosos sistemas del Universo.

La analogía nos parece perfecta entre esta evolución del hombre desde el estado embrionario hasta el completo desarrollo intelectual de la más alta cultura, y de la evolución de la civilización del género y especie humana, desde su estado primitivo hasta el alcance del más alto grado de cultura, sólo difiere en que los individuos modernos tienen á su alcance la facultad de recorrer todo el trayecto que la humanidad ha alcanzado durante todos los siglos pasados. Si no estamos equivocados en estos datos, la moralidad legítima consiste en organizar y administrar nuestras vidas en armonía con las otras obras del autor del Universo de que formamos parte ineludible, queramos ó no, y para lograrlo es indispensable que preceda la comprensión intelectual, demostrándose así que las entidades mental y moral, son inseparables la una de la otra. Así la historia ingénuo, la biología, la fisiología y todas las demás ciencias naturales análogas demuestran que la civilización humana, progresa á medida del estado de desarrollo de su cultura intelectual general, por ser esta la fuerza motora que la impulsa hacia adelante.

La historia moderna, como la antigua, reconoce que ha habido una larga sucesión de hombres distinguidos que han ilustrado los progresos de la civilización, pero aquélla no cree como ésta que fueron los productores, sino los productos del mismo progreso. La historia moderna señala con exactitud entre muchos otros notables en dicha sucesión á Demócrito, Hipócrates, Aristóteles, Euclido, Vicenes, Roger Bacon, Tomás Aquino, Francisco Bacon, Gutemberg, Hobbes, Descartes, Spinoza, Montesquieu, Furgol, Rousseau, Comenins, Pestalozzi, Adam Smith, Bentham, Augusto Comte, Fröebel, John Stuart Mill y Herbet Spencer. Todos estos y gran número de otros han prestado más ó menos atención á los objetos y fenómenos que les rodeaban; han publicado sus observaciones y así han contribuído al progreso general.

Los educadores modernos de primera fila han llegado á la completa aceptación de estas verdades fundamentales que hoy forman la base de la enseñanza y educación pública en Alemania, Francia, la Unión Americana y algunos otros países.

No sólo aceptan como base las ciencias naturales, sino que han adoptado de lleno sus métodos de investigaciones y el arte de enseñar á sus alumnos. Método ó sistema es el requisito fundamental en las investigaciones de las ciencias y en las aplicaciones prácticas de las artes. Constan de la observación, comparación, clasificación y experimentación para organizar en unidades harmónicas todos los fenómenos que resultan invariables bajo condiciones dadas. La base principal es el concepto de que todas las ciencias se refieren á los varios aspectos del mismo mundo objetivo y por consiguiente han de estar en completo acuerdo en sus diferentes manifestaciones; explicándose y corrigiéndose así mutuamente. No puede haber contradicciones entre las correctas explicaciones de las

varias obras de un omnisciente y omnipotente Creador.

Los métodos de las ciencias también son productos de progresivas evoluciones con los conocimientos, á partir del primer empleo de métodos científicos por el gran maestro Aristóteles en el tercer siglo antes de Cristo, hasta llegar á Augusto Comte á principios del siglo XIX, quién fué el primero que los aplicó á la investigación de la evolución histórica de la inteligencia de los hombres, siguiendo el mismo camino John Stuart Mill.

Estos sociólogos trataron de demostrar que en el curso de su evolución, la inteligencia humana necesariamente ha de pasar por tres distintos grados de desarrollo:

- 1º El militar y eclesiástico.
- 2º El metafísico y tradicional.
- 3º El científico é industrial.

Limitándonos á la cita incidental de estas proposiciones, sin dudar que tal ha sido el orden de sucesión histórica y con el comentario de que todos los países modernos todavía ostentan los tres grados en diferentes proporciones de su dominio, podemos aceptar la proposición de Tiske, de que el progreso social se distingue por la continua aproximación hacia la armonía de nuestras relaciones personales con el continuo mejoramiento de la sociedad de que formamos parte; resultando una más clara percepción de la reacción mutua de las fuerzas físicas y psíquicas; un concepto completo de que el mundo está y siempre ha estado regido por leyes universales é ineludibles, y esta apreciación más correcta nos impele á más persistentes esfuerzos para armonizar nuestras vidas con éstos decretos de la eterna justicia, de última apelación.

En otros términos—y sin faltar al respeto debido á las buenas intenciones de quienes no participan de nuestras ideas—diremos que los educadores han dejado de dedicar su empeño principal á buscar las verdades fundamentales en las pro-



*Isabel la Católica, por Eduardo Rosales*

y  
a-  
s  
a-  
a-  
el  
r-  
e-  
os  
ro  
de  
li-  
do  
ill.  
de-  
vo-  
ce-  
res

l.

tal  
dar  
sión  
que  
vía  
ren-  
po-  
de  
al se  
ma-  
tras  
ontí-  
d de  
ando  
e la  
sicas  
pleto  
re ha  
sales  
más  
ersis-  
nizar  
retos  
ape-

tar al  
inten-  
an de  
e los  
edicar  
ar las  
s pro-

fundidades insondables de la metafísica, y han dirigido sus esfuerzos á estudiar y propagar por métodos sistemáticos, ó sea científicos, nuestras relaciones con el mundo actual designadamente inteligible á nuestra percepción.

Enseñar estos conocimientos á la niñez de las clases proletarias pobres, ignorantes, sucias y enfermizas que habitan la humilde choza obligándola á asistir á las escuelas gratuitas, es descubrirles las causas de sus miserias y los resortes de su redención en las fuentes de la salud y bienandanza, introduciendo así dentro de sus hogares las luces geniales y saludables que la providencial naturaleza nos brinda, ofreciéndonos por medio de órdenes, sistemas y métodos perfectos que son invariables, cuanto existe dentro del medio que nos rodea, convidándonos constantemente á la imitación de su acrisolada moralidad.

Desde que la instrucción pública se ha apoderado de este sistema en varios países modernos, si bien en algunos se aplica adulterándolo por oponérsele infinitas preocupaciones arraigadas, esto no obstante ya está produciendo abundante cosecha de una instrucción y moralidad creciente.

Si alguno objetara que el aumento de moralidad no corre parejas con el progreso de la inteligencia en las sociedades, les recomendaremos la falta de armonía que existe también entre el número de individuos cultos y dominados por su inteligencia, y el de la gran masa de las poblaciones que están dominadas casi exclusivamente por sentimientos y por hábitos inconscientes, pero muy arraigados, adquiridos de los ambientes ó contornos de su juventud; hábitos fortuítos propagados por fuerza de automática imitación, sin que la inteligencia cultivada haya influido en su formación. En una sociedad en que la gran mayoría está regida por hábitos más ó menos fortuítos, no hay que extrañar que hasta la clase culta esté

por la misma fuerza de asociación é inconsciente imitación, influida poderosamente por el grado de moralidad corriente. Particularmente es así cuando se considera que el conciliarse y armonizarse con los mitos de la sociedad en que se vive, tiende á favorecer á los inmediatos intereses materiales del ciudadano.

Reconociendo toda la fuerza dominante de hábitos adquiridos imperceptiblemente por imitación de las influencias del medio ambiente en la niñez y juventud, la enseñanza moderna pretende apoderarse de ésta durante la época impresionable de sus vidas, y sujetarlos á enseñanza y educación en formas metódicas, conforme á las mejores luces de inteligencia, sobre los sencillos y admirables sistemas y modelos de la naturaleza, y que esta preparación para la vida sea gratuita y obligatoria para todos.

Se necesitan muy pocas generaciones de tal preparación de sociedades enteras sentadas humildemente á los pies de la naturaleza, inspirándose en sus bondadosas lecciones, para variar su carácter, aumentando y desarrollando su sentido moral; y el poder constitutivo de estas lecciones, dejará desde luego mucho que desear en la prosperidad.

Este es el sentido en que entendemos la enseñanza moderna: aprovechando los modelos del gran Hacedor del Universo. Tal es el espíritu que presidiría á la ejecución de la tarea que nos ha señalado el Sr. Director, ó sea la de trazar, aunque con brocha gorda, una breve reseña de los métodos modernos, para enseñar la historia en sus aplicaciones prácticas, pasando á vista de pájaro sobre toda la sucesión de los acontecimientos, desde su principio hasta nuestros días, sin hacer referencia á biografías ni á luchas dinásticas. Nuestro objetivo será, pues, la narración del desarrollo y progreso de cultura intelectual de las sociedades como causa constante de su civilización. La cantidad y calidad de ésta en cada comunidad

ha de determinarse por las sumas de sus elementos regados entre sus individuos y esta suma, por la proporción de los que se educan en las escuelas primarias, teniendo siempre en cuenta la relación de competencia de sus profesores con la organización de la enseñanza. Este criterio dará la categoría de cada sociedad.

Por grande que sea la influencia benéfica de hombres de superior cultura y talento en un país, siempre será la *suma* de cultura que se encuentra repartida entre la gran ma-

yoría, la que determine su categoría en la civilización.

Condolerse de los pobres de bienes y de espíritu y aliviar sus más urgentes necesidades por contribuciones de dinero y de palabras de consuelo, manifiesta, sin duda, méritos de corazón; pero levantarles del estado crónico de miseria, enseñándoles las causas de sus sufrimientos y los métodos de evitarlos, tendría muchos más méritos racionales, contribuyendo así á la bienandanza y moralidad general de la sociedad.

### HIMNO DE GUERRA DE LA AMERICA

I

¡América, á las armas!  
De nuevo á tus confines trae Europa  
Oprobio y servidumbre.  
¡América, á las armas!  
Tu espada al Sol relumbre,  
Levanta tu pendón republicano  
Y un solo grito:—¡Libertad y guerra!  
Atraviése el Oceano,  
Y estremezca la tierra  
Desde el Estrecho al Golfo Mexicano.

II

A la América libre,  
Señora de los Andes,  
Reina del Amazonas,  
Los déspotas intentan  
Darla farsantes y ceñir coronas!  
¿Acaso, todavía  
No conservan el rastro, esas montañas,  
De los héroes y hazañas  
Que tumbaron la hispana monarquía?  
¿No fué en esas laderas?  
¿No fué en aquel abismo?  
¿No fué en esa llanura, do triunfaron  
Las rebeldes banderas,  
Y el noble patriotismo  
Y la noble virtud, su premio hallaron?

V

¡América, á las armas!  
No con vagos clamores,  
No con tristes gemidos  
Se combaten extraños invasores  
Y redímense pueblos oprimidos!  
Si nuevo oprobio y nueva servidumbre  
La vieja Europa trae,  
Tu espada al Sol relumbre,  
Levanta tu pendón republicano;  
Y un solo grito:—¡libertad y guerra!  
Atraviése el Oceano,  
Y estremezca la tierra  
Desde el Estrecho al Golfo Mexicano!

III

¡América, á las armas!  
Lanzas corta en tus bosques,  
Templa en tus ríos el sagrado acero,  
Sube á tus cumbres y la trompa emboca;  
Y allí, con el guerrero  
Himno de libertad, la alarma toca!  
Y que el són se derrame,  
Y despierte al valor y encienda la ira,  
Y el alma grande del poeta inflame,  
Y en arma de pelear cambie la lira!

IV

¿Qué quieren de nosotros  
De la Europa los siervos y tiranos?  
Al desierto aventar nuestros hogares,  
Usurparnos la patria,  
Y hacer de nuestros pueblos,  
Hoy morada de libres ciudadanos,  
Teatro de lacayos y juglares!  
Y aquí, donde altanera,  
Mil ríos como mares  
Desprende esa gigante cordillera,  
Madre del Aconcagua y Orizaba,  
Esplendor de una raza venidera,  
Formar la cuna de una raza esclava!

## DIPLOMATICOS Y DIPLOMACIA

EL CUERPO diplomático de Washington es de los más brillantes. En general, está compuesto, de hombres entendidos en la ciencia y práctica de las relaciones internacionales. La importancia y la grandeza de la República Norte Americana, exige á los demás Estados de América y á las naciones de Europa, el envío á Washington, como representante acreditado, de diplomáticos expertos.

La diplomacia, tal como hoy se entiende y se practica, puede considerarse una institución moderna, con tendencias á modificarse y engrandecerse á medida que aumentan las relaciones internacionales.

Verdad es que en la Edad Media y aún en la antigüedad, se practicaba la diplomacia, pero no en el sentido actual. Hoy los diplomáticos son representantes de pueblos, en tanto que antiguamente eran, en todo caso, representantes de reyes. Además, en nuestros días su esfera de acción es vastísima, extendiéndose no sólo en el terreno práctico, sino también en el económico.

No se puede negar que hoy como

ayer el árbitro supremo en las cuestiones internacionales es la fuerza y que las más de las veces el ruido del cañón ahoga la voz del derecho; pero no es menos cierto que la diplomacia evita ó aplaza indefinidamente serios conflictos, y cuando estallan acortan su duración.

La carrera diplomática es en nuestros días una de las más honrosas, y para la cual se necesitan especiales cualidades, entre ellas una gran perspicacia, no poca malicia y algo de hipocresía.

En la carrera diplomática distínguense por orden de importancia: embajadores, ministros residentes, simples encargados de negocios, cónsules generales, simples cónsules y vice-cónsules. Hay, además, los secretarios, agregados, cancilleres, etc.

Los embajadores representan á la más alta autoridad de un Estado, rey ó presidente. Los agentes, de una dignidad inferior, sólo representan al ministro de negocios extranjeros de su respectiva nación. La retirada de los embajadores equivale á una ruptura de relaciones entre



*Sr. Martínez, Ministro chileno*



*Sr. Merom, Ministro argentino*



*Sr. Aspiroz, Ministro mexicano*



Sr. Des Planches, Ministro italiano



Sr. Ojeda, Ministro español

dos países. Los cónsules están especialmente encargados de proteger á los súbditos de su nación y velar para la ejecución de los tratados de comercio.

Aparte de los cargos citados, que suponen un funcionamiento regular, existen los ministros plenipotenciarios, á quienes se confía misiones especiales y temporales.

Los oficiales generales de mar y tierra, pueden también considerar-

se, sobre todo cuanto se trata de lejanas expediciones, como verdaderos diplomáticos.

Los diplomáticos, cualquiera que sea su categoría deben ir provistos de credenciales. No pueden entrar en funciones sino después de haber recibido el *exequatur* de los gobiernos acerca de los cuales están acreditados. La persona de los embajadores, ministros, plenipotenciarios, etc., es sagrada.

### A MIS LAGRIMAS

Corred lágrimas tristes,  
Que es dulce al alma mía  
Sentiros á raudales  
Del corazón manar;  
Corred que los suspiros  
Que exhalo en todo el día  
Las ansias de mi pecho  
No bastan á calmar.

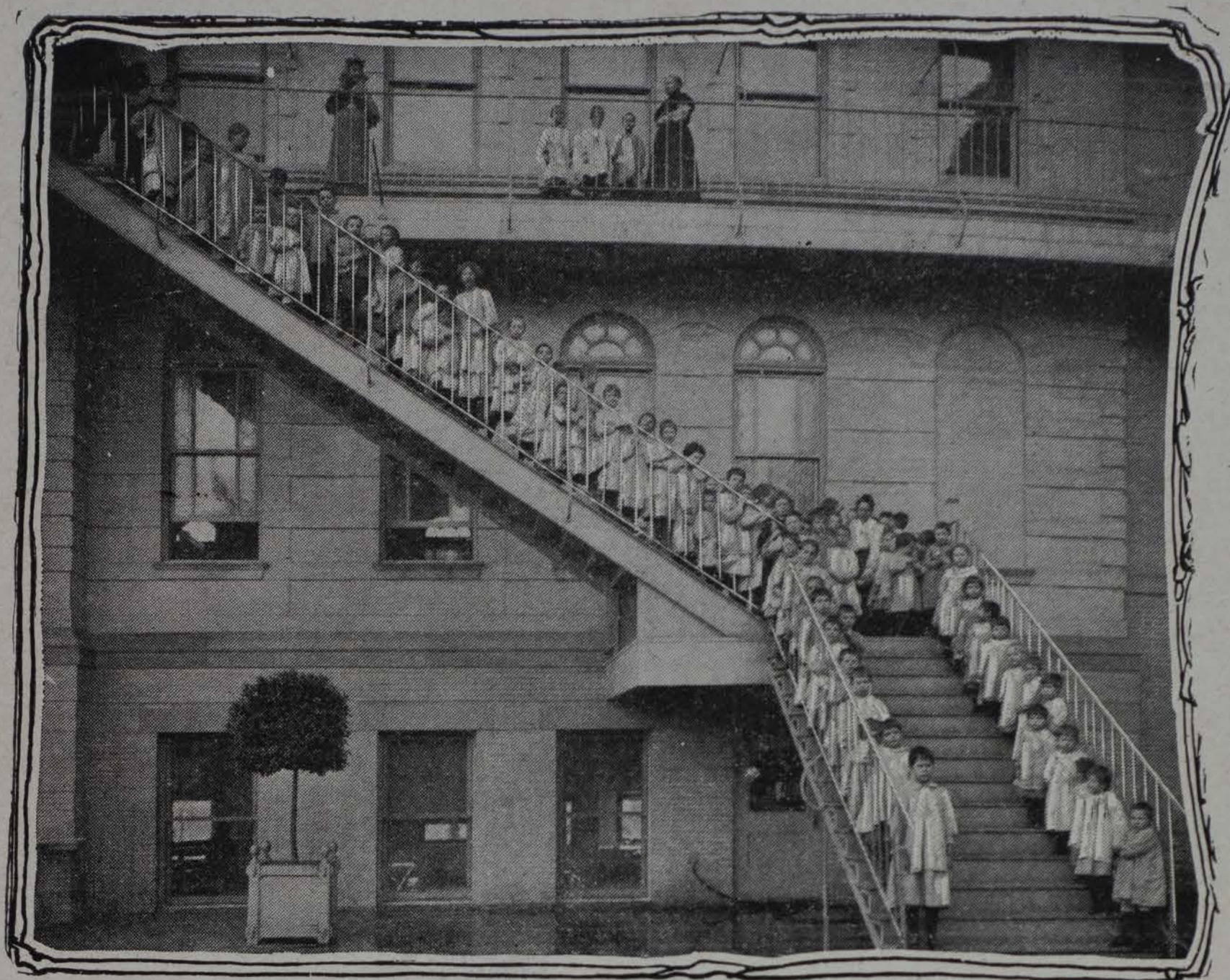
Triste, férvido llanto,  
Y no gotas de amargura  
Mitigan celestiales  
La sed del corazón;  
Y sólo tu suavizas  
Mi horrenda desventura,  
Y sólo tu consuelas  
Mi lúgubre aflicción.

Que cuando de la cima  
De dulce venturanza  
Desciende el alma al golpe  
Del dardo del pesar,  
Si entonces con la dicha  
Perdemos la esperanza,  
Nos queda sólo el triste  
Consuelo de llorar.

Y así la flor marchita  
Revive del consuelo  
Con lágrimas regadas  
Por lóbrego dolor,  
Como al nocturno llanto  
De tenebroso cielo  
Cobran las flores secas  
Su aroma y su color.

Corred lágrimas mías  
Consuelo á mis dolores  
En férvidos raudales  
del corazón manad;  
Y así de mis ensueños  
Revivirán ¡ay! las flores  
Que ha marchitado el rayo  
Del sol de la verdad.

Julio Zaldumbide



*Bajando las escaleras para dirigirse al patio á jugar*

## UN PALACIO PARA LOS NIÑOS SIN HOGAR

EXISTE en Nueva York, en uno de los sitios más pintorescos que dominan el río Harlem, un amplio y ventilado edificio dedicado á la infancia desvalida, que por su hermosa construcción y su capacidad bien merece el nombre de Palacio de los Niños. Cabe decir que no hay en él extraordinaria magnificencia, ni derroche de lujo, sino sencillamente cuanto de útil y bello puede apetecerse. En su construcción se emplearon los mejores materiales. Los muebles, sin ser lujosos, agradan á la vista; las habitaciones son grandes, las escaleras de mármol, los baños de porcelana; existen además espaciosas y alegres salas dedicadas al juego, al estudio y á la gimnasia.

Débase la construcción de dicho edificio á una sociedad filantrópica de mujeres, contando con los donativos de personas generosas.

Como unos doscientos niños de ambos sexos, de edad entre dos á doce años, constituyen la población

juvenil del Palacio de los Niños. Una visita al mismo es curiosa y alegra el corazón del visitante. Por doquier se ven pequeñas figuras con sus delantales blancos, que llenan el espacio con sus bulliciosas vocesitas y sus risas argentinas. La mayor parte son niños sin parientes, sin hogar, pobres seres abandonados que la miseria ó la desgracia arroja al mundo, expuestos á las contingencias crueles de una tierna vida sin amparo; otros, los menos, son hijos de gentes muy pobres, para los cuales es una verdadera fortuna poderlos depositar allí, seguros de que han de estar bien cuidados y recibir una buena educación.

La Sociedad benéfica organizadora de la institución, es muy antigua, pues data su fundación del año 1834. Además del Palacio para los niños desamparados, ha fundado y mantiene doce escuelas industriales distribuidas en diversos lugares de la ciudad.



## ¡MATILDE!

POR E. SANCHEZ DE FUENTES Y PELAEZ

**M**EDIA hora escasa habría transcurrido desde mi llegada á la pintoresca ciudad de Lisboa, cuando un camarero del *Gran Hotel Continental*, donde tomé hospedaje, hacíame entrega de una tarjeta que decía así:

Luis Alfaráz

Especialista en enfermedades del corazón

—¡Que pase inmediatamente!—exclamé lleno de alegría.

Y momentos después, en fraternal abrazo, uníanse efusivamente las almas, reverdeando los recuerdos, de dos antiguos camaradas de estudios que el azar separara hacía ya largo tiempo.

—¿Sabías, pués, mi llegada?—me apresuré á interrogarle.

—Sí, por una carta que recibí ayer de Teodoro de Mendoza, en ella me informa que vienes á desempeñar cerca de S. M. el Rey don Carlos, una importante misión diplomática.

—En efecto, tan importante como reservada.

—Pues, chico, descuida, como si no lo supiera.

—¿Y tú; vives aquí?

—Sí, desde hace ocho años,—murmuró Luis suspirando.

—Pero, durante ese tiempo ¿habrás hecho algunas escapadillas á Madrid?

—¡No!

—¿No? ¡Cosa más rara!

—¡Ahí verás!

—Pues chico, francamente lo digo: Cuando un hombre de tu talento abandona la patria y emigra al extranjero, y no sueña en volver á ella,

es que algo singular le ha sucedido, ¡No me cabe la menor duda! ¡Vamos, habla!

Luis, al escucharme, palideció intensamente, y una oleada de sangre agolpósele á las mejillas después; hizo un supremo esfuerzo sobre sí mismo, y asiéndome nerviosamente un brazo, exclamó con voz apagada:

—¡Mi vida es una constante lucha! ¡Mi historia, la de una pasión mundana!... Ya te lo contaré todo... Ahora no... después.... cuando salgamos.....

Sentí haber ido tan lejos con mis palabras. Ellas habían inconscientemente abierto la dolorosa herida de la cual, apesar de la ausencia y del esfuerzo de una gran voluntad, aun manaba sangre.

—Comeremos juntos, espérame un instante y soy contigo,

Mi amigo, llevóme por calles y plazas plétóricas de animación y vida, y al fin nos detuvimos delante de un elegante restaurant, en cuya muestra se leía en gruesos caracteres dorados sobre fondo azul *Gibraltar Coffee House*.

—Aquí se come muy bien.

—¡Adelante!—murmuré.

Corto tiempo después, hallábamnos en presencia de un ejército de platos á cual más apetitosos, remojados con el famoso *viño verde* y por el delicioso *Cullares*. A media comida, la impaciencia aguijoneada por la curiosidad, precipitáronme á romper el silencio de Luis.

—Venga esa historia, le dije. Ardo en deseos de conocerla...

Bien, ya que te empeñas, óyela, pero te advierto que eres la única persona en el mundo ajena á ella, que va á penetrar en el misterio de mi corazón.

—Cuenta con mi discreción y mi silencio.

Y Luis, después de un suspiro doloroso, y de pasarse la mano por la frente y los ojos, como queriendo reconcentrar todo su pasado, con semblante en donde se veían las huellas que siempre quedan de las terribles batallas pasionales de la vida, como el reo que declara ante juez frío é impassible, comenzó á contarme lo siguiente:

“Tenía yo dieciocho años, cuando una mañana mi bondadoso padre, acercándoseme cariñosamente me dijo:—Luis, quiero hacerte médico de la Central”.—Pintarte el efecto que sus palabras me produjeron sería imposible, había llegado la hora de separarme de Matilde, la mujer á quien únicamente he querido. Desde niños sentíamos hondas simpatías, y al convertirse la crisálida en mariposa, surgió con todas sus galas un cariño tan grande, que bien pudiera decirse que habíamos nacido el uno para el otro. Pero llegó el día de la partida, y partí lleno de pesar, no sin antes ofrecerme mi inolvidable madre velar por ella, y de jurarme Matilde con lágrimas en los ojos, ser mía eternamente...

Ya en Madrid, con dificultad podría hallarse un estudiante más aplicado y formal, mi ilusión cifrábase en dar fin á mis estudios, volar á su lado, y ofrecerle un corazón amante, y un título universitario, que me autorizara á llamarla mi compañera ante Dios y los hombres.

Corrían ya cuatro años de ausencia, interrumpida solamente por las cortas vacaciones, que gozoso pasaba en mi casa cerca de Matilde; cuando una mañana, jamás la olvidaré, una láconica carta de mi madre, acabó por siempre con mi felicidad: “Matilde, escribía, está enferma gravemente, y el sabio médico que la asiste desconfía de salvarla, y yo, hijo mío, que tanto te quiero y te bendigo, ruégole al Señor te infunda valor y resignación cristiana, para resistir tan rudo golpe”.

Un martillazo descargado con

fuerza en mitad del cráneo, no me hubiera producido mayor efecto. Creí volverme loco, con lágrimas de impotente rabia, maldecía de mi suerte, y de la traidora enfermedad que de una manera tan rápida, así desponía de una vida que me era tan cara y en medio de mi dolor tremendo, una aspiración suprema dominaba mi voluntad era necesario que yo la viera antes de morir: era preciso: lo exigía mi corazón.

La realidad, llamó á mis puertas: estábamos á mediados de mes y de la modesta pensión que mi padre había-me asignado sólo quedaban algunas monedas insuficientes para emprender un viaje: no había otra solución que esperar y sufrir. Una semana de intensos padecimientos morales, siguió á aquel funesto día, esperando sobresaltado á cada instante conocer el triste fin de mi adorada Matilde. Un telegrama de mi padre, redactado con un laconismo desesperante, llegó á mis manos, decía así:—“Matilde murió.—Juan”.

¡Al fin la muerte había hecho presa en aquel botón esplendoroso de la primavera, al fin aquella humana escultura á quien delirante amaba, desvaneciase como un sueño! ¡Oh, su recuerdo, á pesar de los años transcurridos, anubla mi espíritu y amargo llanto nacido de lo más hondo de mi sér empaña mis ojos....

Juré no volver á aquella ciudad donde la desgracia me había hecho su esclavo. Dí á conocer á mis padres tal determinación y con una constancia benedictina alcancé el Doctorado en mi carrera. Ellos mostrábanse satisfechos con mis triunfos, mas esa alegría habíase forjado al precio de una ausencia eternal.

Madrid fué, pues, el campo de experimentación de mis estudios; en breve plazo la clientela vióse aumentada de una manera casi fantástica, y mi nombre pronunciado con respeto en círculos, periódicos científicos, academias y claustros universitarios, sobre todo, después de una maravillosa cura que realicé en una

señorita de la más alta aristocracia. En una palabra, chico, llegué á ser el médico de moda, dedicado siempre á mi especialidad: el corazón.

Así deslizábase mi laboriosa existencia, cuando una tarde el Vizconde Roger, mi cliente, y hombre inteligentísimo, por quien sentía verdadera debilidad, me invitó á una fiesta íntima á la que asistirían aparte de los jóvenes representantes de la política, la banca, las letras y las ciencias, las mujeres más hermosas y de más fama en aquellos días, y entre ellas la nueva amante del joven aristócrata, célebre ya por su belleza deslumbradora.

La fiesta sería en el fondo y en la forma, una gira por todo lo alto, de frac y corbata blanca. En vano presenté mis excusas al Vizconde, todo fué inútil, la noche señalada un cupé detúvose á la puerta de mi casa. Era mi cliente que personalmente venía por mí.

La cena fué opípara, los comensales, bajo la influencia de los vinos y el champagne, que desaparecían como por encanto, mostrábanse cada vez más alegres, agudos y locuaces, con las damas que esmaltadas de piedras preciosas, y saturadas de suaves perfumes, daban á aquel acto singular impresión.

Aquel no era mi ambiente: como el anatómico que disecciona con el escalpelo, hasta la más profunda fibra del tejido de un cuerpo, así, en medio de las entrecortadas risas de aquellas mujeres y de las frases de los invitados pronunciadas en todos los tonos, mi conciencia repugnaba tal consagración olímpica del vicio, é interiormente trazaba un estudio psíquico moral de aquellos hombres y de aquella atmósfera.

Casí tocábamos á los postres, cuando el Vizconde nos hizo saber que la Condesa de Albaflor, á quien una ligera indisposición había privado de ser nuestra compañera de mesa, vendría de un momento á otro, á mecerse orgullosa y tentadora en sus brazos á los acordes del vals.

Tal noticia, fué recibida con júbilo, y más de una copa se alzó en honor de la Condesa. No se hizo esperar: cual una reina, deslumbrando de lujo y de hermosura, apareció en la sala, al compás de un murmullo de admiración arrancado á los asistentes.

Yo estaba en uno de los balcones, aspirando el aire fresco de la noche, así que no me dí cuenta del *succes*; allí solo, abstraído en mis constantes recuerdos, veía cual en sueños dibujarse á la luz de las estrellas, la silueta imborrable de Matilde, cuando una impresión indescriptible vino bruscamente á interrumpir el curso de mis pensamientos.

Una mujer del brazo del banquero Raspall, acababa de situarse de espaldas cerca de mí.

—¿Esto es sueño ó realidad?—balbuceaba emocionado clavando mis ojos dilatados, en la egregia figura de aquella dama, cuando la duda horrible que me martirizaba tuvo inmediata solución. Ella, volviéndose repentinamente, habíase quedado confusa y pálida al reconocerme, ¡La condesa de Albaflor era Matilde!

Toda mi voluntad fué poca para dominarme; sin embargo, nadie se apercibió de quel drama, en que la protagonista acababa de salir á escena. Con una coquetería exquisita rogó al banquero que la dejara allí descansar, y no bien nos encontramos solos se echó en mis brazos murmurando; ¡Luis, Luis mío!... ¡Perdóname!... ¡Soy una desgraciada!...

Y aquella mujer, entre sollozos que la ahogaban, me contó que un primo suyo á quien yo conocía, la sedujo y desde entonces, en la pendiente del vicio, llegó á ser la mujer de más fama en Madrid.

Todo, todo me lo refirió con una crueldad espantosa; ni un sólo detalle quiso ocultarme, ella fué quien indujo á mis padres á hacerme creerla muerta, ella quien rasgó para siempre mis ensueños de dicha. Pero, si yo transigía echando un velo á su pasado, y la amaba aún,

ella que no podía soñar ya en ser mi esposa, decíame humilde y cariñosa que aun brillaba, con intenso fuego, en sus horas nostálgicas, el recuerdo de su amoroso estudiante.

Aquello era demasiado: mudo hasta entonces, había dejado sólo hablar al corazón en su expresivo idioma del dolor; nuestras lágrimas corrían abundantes—ironías de la suerte—á los sonos de aquella espléndida fiesta.

—La Matilde á quien yo amo, la mujer á quien sacrifiqué mi juventud, no existe ya. Hoy, otra Matilde, quiere sustituirla, y me ofrece un amor impuro..... ¡Aquella virgen angelical, sencilla, vive aún y vivirá eternamente en mi memoria, mas esta otra que intenta que mi ilusión se borre, no me inspira más que intensa compasión!... ¡Déjame, Matil-

de, déjame conservar, pues, tu recuerdo tal como te conocí!... ¡Déjame olvidarme de esta noche en que te he vuelto á encontrar!... ¡Adios!...

Y después de un apretón de manos, y del cruce de una mirada, en la que palpitaba todo un poema de dolor, abandoné aquella casa con el alma enferma para mientras viva.

—He aquí la historia, dijo Luis visiblemente conmovido, de cuyos ojos dos lágrimas corrieron, yendo á parar al blanco mantel de la mesa. Ante tal sufrimiento, faltáronme palabras de consuelo, mas, queriendo darle otro sesgo á aquella embarazosa situación, exclamé:

—Pero, ¿tú no eres especialista en enfermedades del corazón?

—Sí, pero hay algunas, que no se curan más que con la muerte!

## BISMARCK

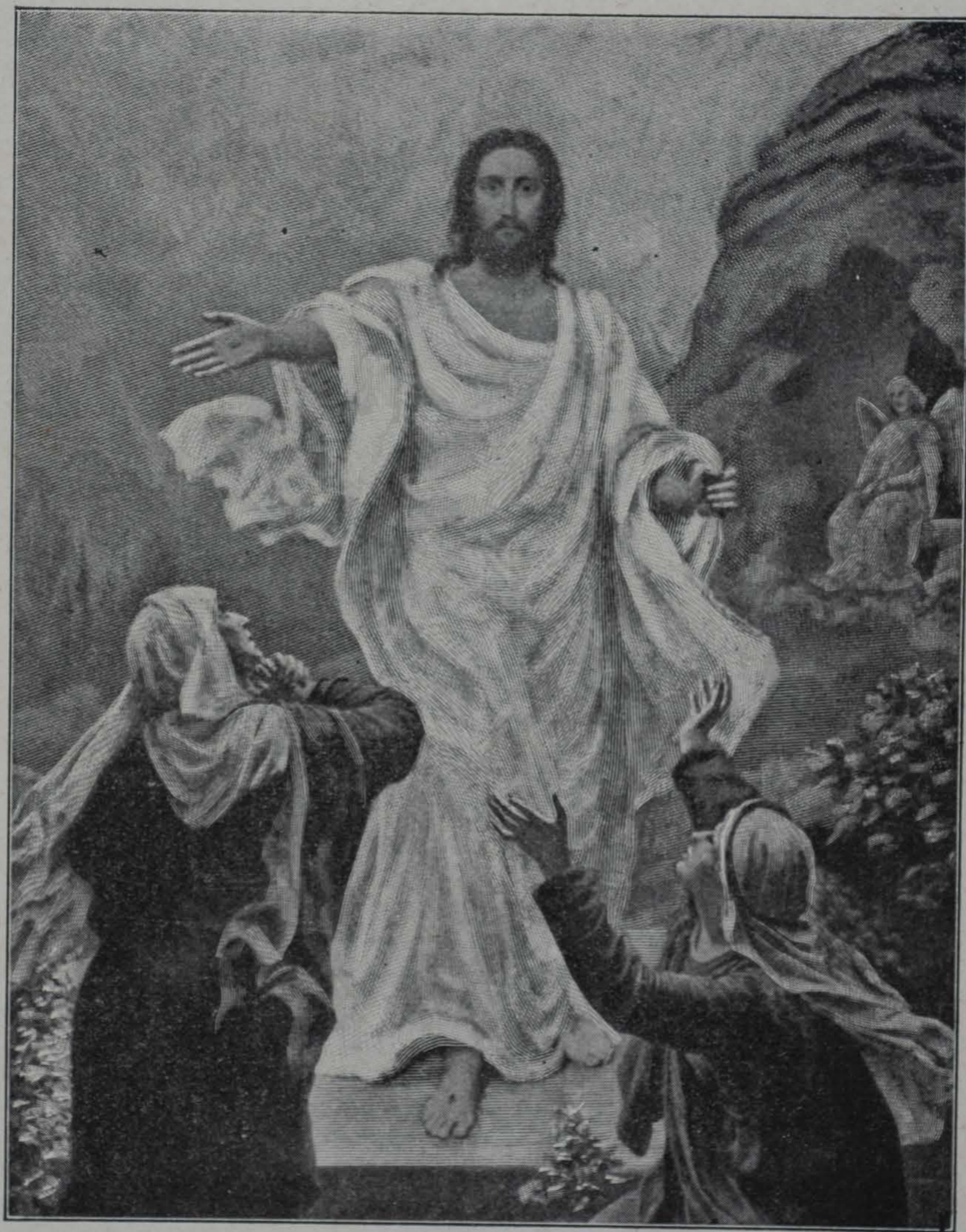
Erguido, como el águila en la altura  
y señor de su propio soberano,  
era ante su mirada el sér humano  
humilde siervo y mísera criatura.

Sembró en Europa el odio y la pavora,  
rigió una gran nación con férrea mano,  
persiguió al libre con acento insano  
y halló en vida su triste sepultura.

Impulso dió á la libertad su ira  
y fué su omnipotencia arista al viento,  
tanta grandeza se tornó en mentira  
y tanta vanidad en escarmiento.

¡Ay del poder que en lo arbitrario gira!  
¿Qué te queda, Bismarck? El aislamiento.

F. Javier Balmaseda



*El Encuentro. Cuadro religioso en la Iglesia de San Pablo. Corinto*

## UNA HISTORIA SENCILLA

POR T. PIAÑO

**E**RA UNA chiquilla un tanto original, dado el medio, se entiende.

Había nacido en un tranquilo pueblo del interior, y la venía de raza ser buena y honrada. Al tener que vivir en la ciudad, de la que tanto oyerá hablar, fué grande su asombro, su desencanto y hasta su repugnancia por hallar costumbres en las clases pobres que eran exponentes de un atraso y una falta de moral profundos. De las clases altas sólo oía hablar, pero por intuición sospechaba que fuera del barniz dorado que da la posición, no valían más que las otras. Se decía, sin embargo, que si la suerte la hacía rica sería buena con los humildes (ya lo era) y cortés con las familias que se llaman distinguidas, pero cuidando de mantener á distancia á unas y otras. Cuando murió su madre, dejándola sola en el mundo, sintió algo como si una mano de hierro la sepultara en los abismos. Vuelta en sí de su doloroso estupor, se asió á su recuerdo santo como á un crucifijo; hizo carne de su carne y sangre de su sangre la dignidad y entereza que advirtió siempre en ella ante las posibles adversidades; tuvo como ella el mismo desprecio por las bajas pasiones que corroen los corazones, y la misma suave bondad para los infelices de todas clases. Se reconcentró en sí misma y sólo, con gusto, tenía ojos para su conciencia pura. No quería ver la cara estúpida que ponen los enamorados; ni la sonrisa constante en los labios de los fátuos; ni la mirada ultrajante de los hombres que analizan las mujeres guapas como pudiera hacerlo un tratante de caballos en su comercio. Cuando alguna vecina indiscreta le alababa su belleza y le decía que fulano y mengano

estaban perdidos por ella, se sonreía de una manera particular, y callaba. Una vez respondió esto, como hablando consigo misma: los hombres son brutales ó tontos, y por ello, incapaces de conocer ni uno solo de los matices del alma de una mujer buena..... Yo sería muy infeliz con un hombre que me desconociera.

Por lo demás, ella era una mujer; un caudal de ternura comprimida como las aguas contenidas por una represa, la poseía, y más de una vez saltaban lágrimas de sus ojos al contemplar en la calle, ó desde su ventana, la solicitud de los padres con sus pequeñuelos, y más, la de los abuelos con sus nietecitos.

Ella vivía con poco, y sus medios de subsistencia estaban limitados á lo que le producían bordados en seda, en cuyos trabajos hacía primores. Vestía con gusto, no tanto porque satisfacía con ello un placer inocente de su espíritu refinado, sino porque sabía que á la mujer se la respeta y considera más fácilmente, cuando su porte es serio y elegante. Amaba las lecturas de viajes, y encantábanle las novelas inglesas. Era limpia como una patena, y solía decir, que el ruido del agua en el baño le era tan simpático al oído como una buena música. Después de la muerte de su madre había venido á vivir con ella una tía suya, anciana viuda que disfrutaba de una pequeña renta, y cuya señora la amaba tiernamente. Debo ya decirte que eran mis vecinas y que vivían en la misma casa que yo. Por aquel entonces yo me sentía realmente enfermo. Aquella vida sin objeto, de frecuentes orgías, habían llenado mi alma de sombras, y tan indiferente me re-

sultaba ya el bien como el mal. Mi voluntad, siempre tan fuerte, disminuía; fué entonces, después de una crisis de abatimiento, y en que me sentía muy solo, y acorralado como una fiera por mi propio corazón, cuando yo la conocí. Alguien ya me había dicho que había en casa una huérfana joven y linda. ¡Lo que me importaba todo aquello!.... No quería agitar mi corazón con una nueva pasión; bastante me angustiaba todavía, pues de continuo llevaba á mi cerebro como sutiles aromas de campiñas perfumadas, y no dejaba de enamorarme siempre con nuevos ideales. Estaba prevenido contra él, y ya no creía en sus sueños de poeta.

Un incidente fué el que hizo que nos conociéramos. Cierta tarde que salía yo á comer, la viejecita, su tía, resbaló en la escalera. Acudí naturalmente en su auxilio y la levanté; habíase lastimado una rodilla y parecía sufrir mucho. Vamos, señora, un poco de valor, no ha sido nada. Deme Vd. el brazo, voy á ayudarla hasta su casa. La señora se me mostró muy agradecida, y poco después, su sobrina en persona, me daba las gracias. No podía ni debía hacer otra cosa, les dije. Era la sobrina una muchacha de figura muy gentil, de continente serio, de tez blanca y de bellos ojos negros de mirar inteligente que contrastaban singularmente con un semblante aniñado. Yo mismo, y á pesar de sus protestas, traje algo de la farmacia cercana para curar la tía. Recuerdo que en todas estas operaciones estuve sumamente frío. Fué el hecho, sin embargo, que á partir de aquel día, fuimos buenos amigos. Mi pérfido corazón no me dijo nada entonces. Todas las tardes deteníame un rato á charlar con ellas. Clemencia, este era el nombre de mi vecinita, se interesaba mucho con el relato de mis viajes, y yo veía como á veces se conmovía, y como otras estallaba en francas carcajadas y corría hacia un extremo de la habitación diciéndome: ¡Por Dios

se lo pido, no siga Vd. que ya no puedo más! A poco le dije yo quien era, y hasta le describí un poco el velo que cubría mis penas. No me extraña, me dijo, que Vd. se sienta mal. Es Vd. rico y no emplea bien su tiempo, es así como el alma se turba y se pierde. Haga Vd. lo que yo: trabaje y haga el bien. ¡Pero hija mía! ¿donde ha aprendido Vd. esas cosas? Una sonrisa picaresca fué su respuesta. Venga Vd. con nosotras mañana, que es domingo. á las siete, verá Vd. una muchacha pobre que tiene sus pobres y como éstos la reciben. Fué aquella una mañana hermosa y era de ver y de admirar el regocijo y la alegría de las gentes á quienes socorría. Se la recibía como á una reina y ella tan pulcra, tan elegante, no tenía empacho en besar aquellos arrapiezos y hasta lavarles la cara y las manos. Por mi parte vacié mi bolsillo.

¿Es que la señorita se casa?... preguntó una mujer con cierta bondadosa malicia, al verme á mí junto con ellas. Por las mejillas de la señorita Clemencia pasaron dos relámpagos de rosa. Mi traicionero corazón pareció latir débilmente. Este caballero es mi hermano, respondió sencilla y gravemente. Salimos de aquellos sitios con el corazón henchido, y después me llevó á la iglesia y me dijo al entrar: voy á rezar por Vd., que también es un pobre. Me sentí enternecido.

Me dirás tú ¿y á un amorío como este, porque lo era, le dabas tanta importancia? ¡Pero si el caso es que yo no se la daba! Sólo sabía que era una mujer de principios, de carácter y naturalmente seductora, pero me creía fuera de su alcance. Mal cuadraba por otro lado un corazón recto y sencillo como el suyo, con un hombre como yo, caviloso, lleno de contradicciones, libertino á ratos como D. Juan; tierno y confiado otras como Romeo; celoso como Otelo; todo un mundo de ideas juiciosas, piadosas, románticas, escépticas, en confusión extraña y qué se

revolvían cínicas en mi corazón como ángeles y demonios juntos. Yo no le ocultaba á ella ninguna de estas luchas y aspecto de mi alma. Tenga Vd. un ideal, y, le repito, emplee su tiempo y su corazón en cosas útiles y buenas. Estas pláticas tenían para mí un encanto singular; en cuanto á ella, sostenía que la amistad legítima valía infinitamente más que el amor, y así transcurría para mí el tiempo al lado de aquella alma buena y luminosa. Yo me sentía contento.

En cierta ocasión observé que me recibía de una manera entre contenta y turbada; así me lo pareció al menos.

Yo le hice notar esto. Empero una visita,..... ¿no sabe Vd., díjome sonriendo de una manera extraña, que me ha salido un novio?..... Me la quedé mirando. Entonces mi corazón saltó como el tigre en el llano. ¿Y era aquella mi hermana, mi amiga, la más pura, la más juiciosa, la más inteligente, la más buena?...

Yo era un majadero, un mentecato, se me echaba, he ahí todo. Comprendo, amiga mía; permítame que me retire, y levantándome con cierta premura, tomé mi sombrero y me marché. Ella hizo un ademán como para detenerme y la oí decir: ¡Virgen mía!.....

Pasé una noche terrible. Al otro día me mudaba; salía de aquella casa como el que huye. Mi misantropía se hizo salvaje, y para distraerme cometí todo género de locuras, pero inútilmente. El dardo estaba bien clavado. Habían transcurrido ya algunos meses, cuando una mañana recibí por el correo una carta de la tía. Decíame en ella que Clemencia, la niña, estaba muy triste y enferma, y al siguiente día se marchaban para su pueblo; que me rogaba fuera á verlas, pues no querían irse sin despedirse de su buen amigo. En un instante me vestí y salí á la calle; detuve un coche y poniéndole dos duros al conductor en la mano, le dí la dirección, ordenándole que volara. La gente se asom-

braba de ver correr aquel coche vertiginosamente. Subí las escaleras en un segundo. Al acercarme á su puerta tuve que detenerme, me faltaba la respiración. Toqué muy quedo y la viejecita vino á abrirme. Yo sabía que Vd. vendría. Espere Vd., voy á avisarla. Volvió á los pocos minutos. Venga, me dijo, está furiosa conmigo, por haber hecho venir á Vd. Detúveme á la puerta de su alcoba, como un condenado. Hallábase sentada en un ancho sillón de mimbres, cerca de su camita de virgen. Estaba muy delgada y pálida, pero parecióme más bella y más ideal que nunca. ¿Con qué es Vd?..... me dijo débilmente, y como viera que continuaba sombrío y aterrado, agregó: ¿es que me perdona Vd.? y diciendo esto se llevó el pañuelo á los ojos estallando en sollozos. Yo no pude más y corriendo á su lado, la tomé las manos, se las besé con pasión y un torrente de frases tiernas y enamoradas y llenas de mimo, como si fueran dirigidas á un niño, brotaron de mi corazón. Tu te pondrás buena pronto, y ya no nos separaremos más, porque tu vas á ser mi mujercita ¿no es así? Serás la novia más linda que el cura verá en sus días. Y á todo esto no te he preguntado yo si tu me amas. ¡Tan tonto!... contestóme sonriendo y bajando los ojos aún húmedos por las lágrimas. ¿Creen Vds. que yo no sabía esto? nos interrumpió la tía; ahora se los digo en su cara: enamorados más torpes nunca los ví.

¡Qué dirán mis pobres! Hace ya cerca de tres meses que no puedo ir allá. No te apenes más, yo iré en tu lugar, y te juro, dije levantado el brazo y en actitud cómico-solemne, que toda aquella chiquillería podrá mañana comer pollos y pasteles.

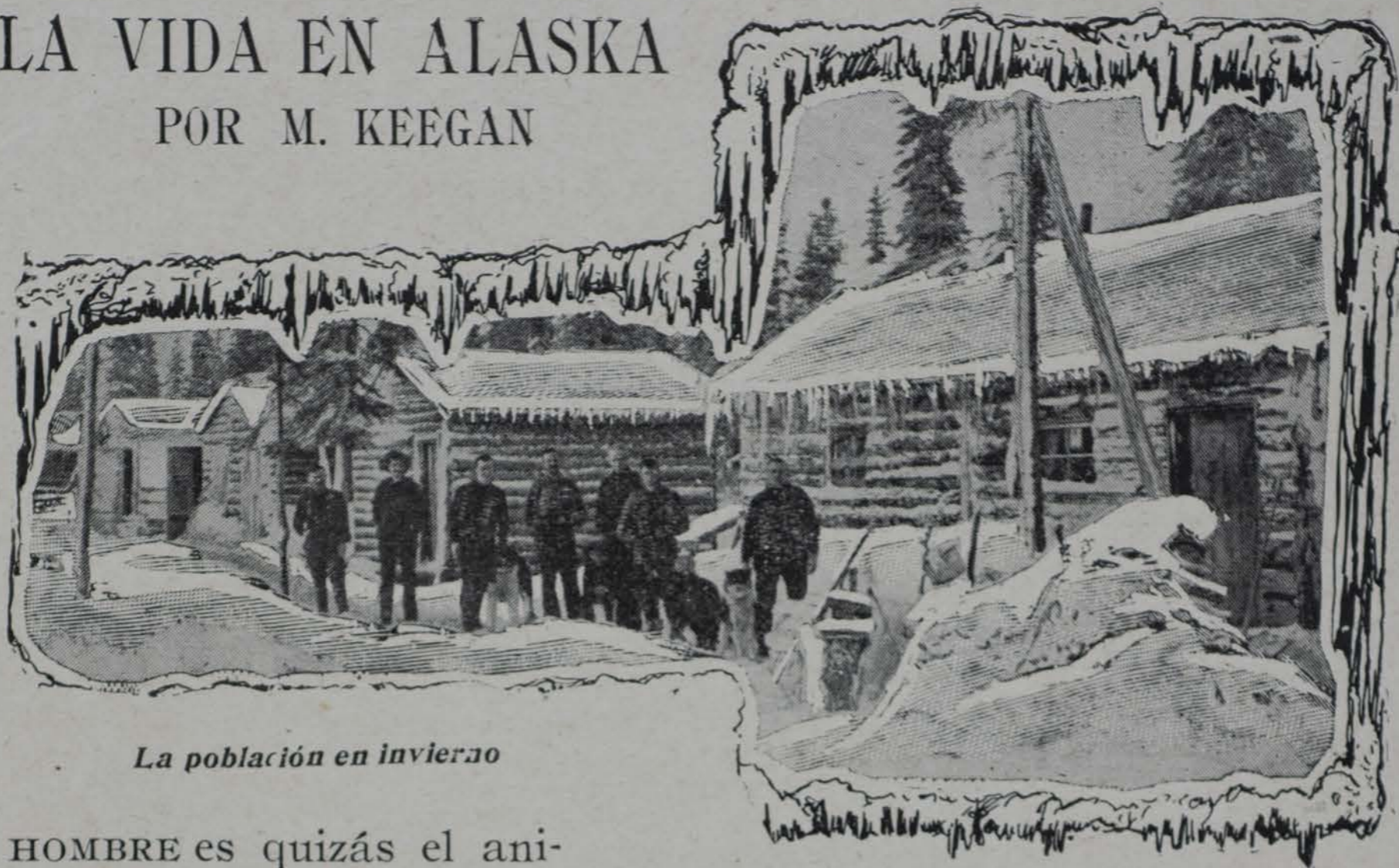
\*\*\*

Te debía la historia de mi amor, y ya no necesito explicarte por qué te he dicho que mañana á las once vayas á mi casa de tiros largos. Me caso al fin.



# LA VIDA EN ALASKA

POR M. KEEGAN



*La población en invierno*

EL HOMBRE es quizás el animal que se acomoda á vivir en todas las regiones, lo mismo en los trópicos, donde la temperatura caldea la sangre, que en las zonas árticas, donde el frío entumece y á veces hiela los miembros.

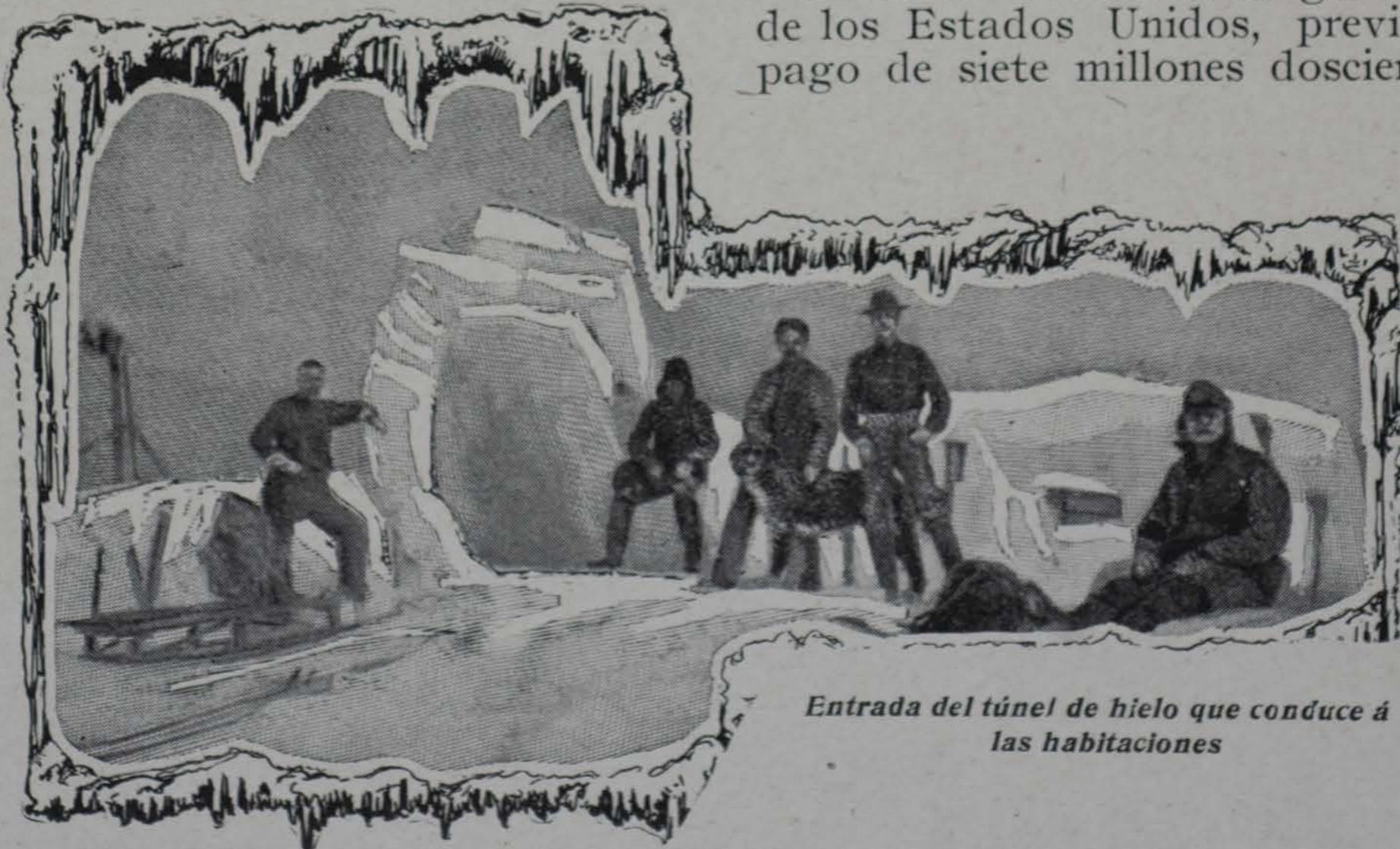
Verdaderamente es poco razonable que, habiendo tantas comarcas inhabitadas ó poco pobladas, de clima agradable y vegetación exuberante, muchos seres humanos se conformen viviendo en regiones inclementes, en las que la vida es trabajosa y dura, sujeta á privaciones y peligros innúmeros.

Alaska, es una de esas ingratas

tierras que no obstante sus pocos atractivos sirve de albergue á buen número de humanos, y entre éstos no sólo á los aborígenes, sino á gran número de aventureros que van allí, en su mayor parte, en busca del codiciado oro.

El territorio de Alaska era conocido hasta hace poco por la América Rusa. Se extiende á lo largo del estrecho de Behring y se prolonga por la península de Alaska. Tiene una superficie de un millón de kilómetros cuadrados y su población es de unos setenta mil habitantes.

Rusia cedió Alaska al gobierno de los Estados Unidos, previo el pago de siete millones doscientos



*Entrada del túnel de hielo que conduce á las habitaciones*

mil dollars, según tratado estipulado en Washington el 30 de Mayo de 1867. Fué un buen tratado para ambas partes: para Rusia, porque obtenía una regular cantidad por un territorio que ningún beneficio le reportaba; para los Estados Unidos, porque le aseguraba la posesión de una vasta región del continente de la que podía esperar grandes utilidades.

El aspecto de Alaska es agreste y sombrío: pequeñas colinas cubiertas de pinos y álamos, montañas peladas cubiertas de hielo, que á menudo se desprende en masas enormes que llegan hasta los valles y ciegan los ríos, y cerca del mar, tierras bajas y pantanosas que sólo producen musgos y algunas pequeñas plantas.

Se halla habitada por tribus independientes, excepto las de las costas que reconocen nominalmente la soberanía de la Unión.

El descubrimiento de las minas de oro llevó allí gran número de aventureros de todas las partes del mundo, fundándose en poco tiempo regulares centros de población, tales como Dawson, Circle, Skagway, Nome, Council City y otros.

Council City, de la que damos varias vistas, situada á unas cien millas de Nome, es un pequeño pueblo de casas de madera, con una población de cerca de tres mil almas durante el buen tiempo, que dura unos cuatro meses, que se aprovechan para efectuar los trabajos de minería. Durante los ocho meses restantes, en que el invierno reina soberano, extendiéndose una tupida capa de nieve sobre la superficie terrestre, y fluctuando la temperatura de veinte á cincuenta grados bajo cero, la

población queda reducida á quinientas almas. A los primeros síntomas que indican la aproximación del invierno, apresúranse á salir de Alaska cuantos disponen de medios para ello, deseosos de escapar á los terribles efectos de un invierno en aquellas regiones.

Unas de las pocas mujeres que residen siempre en Council City, es Miss Frances Fitz. Hace unos tres años abandonó su lugar natal, situado en los Estados del Este de la Unión, para dirigirse á Alaska, y al llegar á Council City, que acababa de fundarse, decidió establecerse allí. Pronto se le presentó oportu-

nidad de emplear sus actividades, llegando al poco tiempo, gracias á sus conocimientos, á desempeñar el cargo de agente registrador. Su pequeña oficina ha llegado á ser el centro de negocios del lugar. Allí la valiente mujer, durante dos años, lo mismo en invierno que en verano, ha trabajado ásiduamente como taquígrafa, mecanógrafa, agente registrador y notario público. Durante el buen tiempo viaja algunas veces



Miss Frances Fitz

hasta Nome y otros lugares de tierra adentro; y durante el largo y terrible invierno, cuando las casas yacen completamente sepultadas por la nieve, Miss Frances soporta bravamente el frío y demás privaciones como los otros habitantes que han establecido allí su residencia permanente.

La vida en Council City durante el invierno no tiene nada por cierto de agradable. Algunas veces es necesario construir túneles hasta una profundidad de dieciocho pies para facilitar la entrada y salida de las casas, de modo que el único indicio que muestra donde se hallan las ha-



*La expedición preparada para la salida*

bitaciones humanas, son los agujeros ó entradas de los túneles. Para facilitar la ventilación, ábrense también otros túneles que comunican con las ventanas. Las estufas mantienen día y noche encendidas, alimentándose continuamente con la leña que se tiene almacenada á fin de obtener una temperatura soportable. Al exterior la temperatura es frecuentemente tan baja y sopla tan fieramente el viento, que aventurarse fuera de las casas es casi segura la adquisición de una pulmonía.

No obstante tan desfavorables condiciones, no por ello es del todo monótona la vida en Council City. Entre sus habitantes no falta un buen número de gente alegre, dispuesta siempre á ver las cosas por su lado mejor. De vez en cuando, celé-



*Miss Fitz en traje polar*

de Council City.

branse pequeñas recepciones, que ayudan á pasar las largas veladas invernales, tan largas que se hacen interminables. Para comprender esto que parece paradoja, bastará recordar que durante una parte del invierno, de las veinticuatro horas sólo una corresponde al día. Otra diversión consiste en las excursiones en trineos arrastrados por perros, para efectuar las cuales, se aprovechan los intervalos de buen tiempo. Los libros, no siempre nuevos ni abundantes, proporcionan otro pasatiempo á aquellas gentes aisladas del mundo civilizado, perdidas en verdaderos desiertos de hielo. Otros pasatiempos no tan morales como los indicados, los proporcionan algunos salones de bebidas y casas de juego, establecidos en la calle principal

## LOS DOUKHOBORS

VARIAS veces nos hemos ocupado de la extraña y original secta rusa de los *doukhobors*, establecida en el Canadá. En este número pueden nuestros lectores contemplar una familia y varios tipos de *doukhobors*.

Son dignos de admiración esos campesinos, rusos, fanáticos en su ideal, por el que hacen el sacrificio de su propio bienestar; pero no es el suyo el fanatismo estrecho y egoísta que enciende el odio contra todo lo que no es el dogma acatado, ni el que provoca la intransigencia feroz del sectario, nó; su fanatismo es tranquilo, es el convencimiento, la fe inquebrantable en su ideal de paz, de fraternidad, de amor.

Siendo contrario á sus creencias de paz universal el servicio militar, que hace de los hombres autómatas y los convierte en instrumentos de muerte, se niegan á acatar las órdenes del Czar y antes que someterse á ellas, abandonan Rusia, su patria, para establecerse en las lejanas tierras del Canadá; convencidos de que la tierra, patrimonio legado por Dios á la humanidad, no debe ser acaparada, la cultivan en común y equitativamente se reparten sus productos; creyendo que el amor es un sentimiento natural, sólo toman á Dios por testigo de sus uniones matrimoniales; rehusan también emplear

en sus trabajos á los animales, no admitiendo el derecho de esclavizarlos, quitarles su libertad y aprovechar su trabajo, llegando su puritanismo á no comer carne de ninguna clase, para no atentarse contra la vida de ningún sér animado, ni á usar por la misma razón vestidos de lana y zapatos de cuero.

Para comprender todo el sacrificio á que les obliga la inquebrantable fe en sus ideales, recordaremos el movimiento inmigratorio que hace algunos meses iniciaron en el Canadá, para no sujetarse á las disposiciones de las autoridades que les exigían ciertas leyes atentatorias á sus creencias.



*Una familia doukhobor*

# EL ARTE DE HACERSE RICO

## CAPÍTULO IV

DEL LIBRO DE MR. HARDWICKÉ. TRADUCIDO POR UNA SEÑORITA

### MODO DE OBTENER ÉXITO EN LOS NEGOCIOS

DEBE recordarse que la educación es la principal diferencia que existe entre el hombre civilizado y el salvaje, y que es el cerebro educado el que dirige el mundo. Una especial preparación es necesaria para obtener éxito. Pero aun cuando una educación general disciplina el espíritu y lo enriquece con cuanto puede ser útil, es necesario un especial conocimiento acerca la ocupación elegida. El trabajo esmerado siempre está en demanda y obtiene los más altos precios. El que es más apto para el trabajo, está más seguro de obtenerlo. Todo joven, pues, debe procurar ser un completo maestro en los negocios á que se dedique.

Después de asegurarse de su propia vocación, debe elegir cuidadosamente el mejor lugar donde empezar sus negocios. Alejandro T. Stewart atribuía mucha parte de su éxito al hecho de que siempre procuraba obtener el mejor lugar.

A la larga, da mejores resultados pagar altas rentas con tal de obtener el lugar apropiado; pero debe en esto procederse con precaución, pues no debe un joven, por ejemplo, adquirir una casa de más grande alquiler del que se lo permitan sus recursos. Muchos principiantes se han arruinado por pagar rentas más altas de las que pueden pagar.

El secreto en los negocios es indispensable. Cornelio Vanderbilt, uno de los capitalistas más afortunados, á la vez que uno de los hombres mejores, decía cierta vez á un señor amigo que le preguntaba acerca del

secreto de su éxito: "Nunca diga usted á nadie lo que va á hacer, hasta tanto no lo haya ya hecho". A la observación de esta ley, junto con las máximas "ordeno mi tiempo", "nunca vendas corto", "nunca vendas lo que no tienes", debió su éxito en la vida, según su propia confesión.

La recomendación de Valderbilt respecto á guardar el secreto en los negocios, nunca será bastante recomendada. Bastantes hombres tienen la funesta costumbre de hablar aún de sus negocios más reservados, dando así ocasión á sus competidores á que los venzan ó arruinen. Los hombres de negocios que estén perdiendo dinero, deben particularmente cuidar de no exteriorizar el estado en que se encuentran, para no perder, hasta cierto punto, su reputación como hombres capaces. Lo mejor para un hombre de negocios es no decir nada con respecto á sus provechos y sus intenciones, á menos de exigirlo una confidencia estricta á su mejor amigo, cuyo consejo desee obtener.

Un oficial preguntó á Washington, en la mañana de una batalla, cuáles eran sus planes para aquel día, á lo que respondió él bajito.

—¿Puede usted guardar un secreto?

Y habiendo aquél respondido que sí, añadió Washington:

—Pues yo también.

Guizot dijo cierta vez que el hombre más prudente era aquel que era el propio guardador de su secreto.

Shakespeare también preguntó:

“¿Quién podrá mostrárenos sincero cuando somos tan falsos nosotros mismos?”

Todo hombre depende más ó menos del público y consecuentemente debe llegar á ser conocido para triunfar.

La etiqueta profesional prohíbe á los hombres de carrera y artistas anunciarse; pero todas las personas empleadas en empresas comerciales deben anunciar sus negocios juiciosamente, para lograr imponerse. Al igual que el saber, el anuncio en pequeña escala es peligroso.

El hombre que no sabe anunciar pierde el dinero que ha empleado. Parece al muchacho que dice á un caballero que si le da diez centavos le salvará un peso.

—¿Cómo puedo ayudar á usted por el valor de un peso con una cantidad tan pequeña?—objeta algo sorprendido el caballero.

A lo que responde el muchacho:

—Salí de casa esta mañana con la firme determinación de emborracharme sin haberlo todavía logrado, no obstante haber gastado el único peso que tenía. Diez centavos más de *whiskey* bastarían para emborracharme y de este modo salvaría el peso que llevo gastado.

El premio que obtiene el que persevera en el anuncio, queda ilustrado por lo siguiente que dice un escritor francés:

“El lector de un periódico no se fija en la primera inserción de un anuncio ordinario; la segunda inserción sí la vé, pero no la lee; la tercera la lee; á la cuarta, mira el precio; á la quinta, habla de ello á su mujer; á la sexta inserción está ya dispuesto á comprar, y á la séptima, ya ha comprado”.

Puede afirmarse que el anuncio en los negocios es necesario para obtener éxito. Esto siempre ha sido verdad. Todos los buenos hombres de negocios, han considerado

el anuncio como de primaria importancia. A mediados del siglo XVII, los comerciantes de Londres anunciaban sus mercancías á viva voz. Dueños y empleados, por turno, situábanse ante sus tiendas enumerando los artículos que vendían.

A aquella democrática era sucedió otra en la que dominaban los letrados y otros signos, que fueron pronto mejorados y adornados. Pinturas, decorados, cabezas de jabalí, dragones y cisnes voladores eran los principales emblemas.

A medida que se desarrollaron las capacidades de la prensa de imprimir, los hombres sagaces descubrieron que podían universalizar sus muestras ó señales; vieron que no sólo podían poner sus nombres, sino una completa relación de sus géneros y precios de los mismos; se dieron cuenta que podían reclamar la atención no sólo de aquellos que pasaban delante de sus tiendas, sino de muchos hombres y en distintos lugares y en todo tiempo.

La presente era es la del anuncio. Si los hombres llegan á ricos, deben patronizar el periodismo. Comerciantes en varias clases de géneros deben hacer conocer al público lo que venden y á qué precio.

Los que empiezan en la carrera mercantil, harán bien en observar que los más experimentados y los más afortunados hombres de negocios, son los que gastan más en anuncios.

Si es posible un joven debe evitar contraer deudas. J. Randolph dice: “Pague de momento, si quiere usted ser feliz”. Sin embargo, Enrique Ward Beecher cree que un joven debe tener deudas ó estar casado, á fin de poseer un incentivo para el trabajo. Pero quizás, el dicho del primero sea el mejor. Cuando un joven puede obtener crédito ilimitado, siéntese impelido á comprar más de lo que necesita.

# AMOR VENDADO

NARRACIÓN ITALIANA DE

SALVATORE FARINA

(Continuación)

—¿Crees tú que el espíritu sobrevive y puede comunicarse con nosotros?

—Puede ser.....

De nuevo el estornino envió sus alegres notas á través de la ventana.

—Escucha, dijo Ernesta, ¿sabes que tengo una idea?..... Que ese estornino lo envía mi madre..... Será una tontería; pero me consuela.

—No es tontería, si te consuela, sentenció el ciego.

—¿Y sabes lo que está diciéndome ahora? preguntó Ernesta alegremente.

—No, repuso Leonardo riendo; no lo entiendo.

—Porque no tienes costumbre; me repite una cosa que yo sé muy bien; pero lo hace con buena intención, ¡pobrecillo! me repite; ¡El es! ¡El es! ¿Lo oyes?

—¿Y qué significa?

—Significa que eres tú, que eres tú.....

—¿Qué?

La contestación se dió pronta, ardiente, prolongada por la boca de Ernesta, y se imprimió en la mejilla de Leonardo.

Y en tanto continuaba el escrupuloso estornino gritando á voz en cuello.

—Sí, dijo poco después Leonardo; escuchando atentamente, parece en realidad que dice: "Él es, él es....." pero si fuese un engaño de la fantasía, sería un santo engaño! Creer que los que amamos, aún cuando parece que nos dejaron para siempre, están cerca de nosotros, ven y juzgan nuestras acciones, y cuando las vamos á cumplir preguntarnos á nosotros mismos; ¿Qué dirá mi madre? Este es el verdadero culto de los

muertos; tú cultivas siempre vivas, en tu corazón, y la piedad vulgar las cultiva en los cementerios.

—Toma un beso más, porque hablas como un angel.

Leonardo lo tomó devolviéndolo, y luego aun se oyeron por el aire armonías de ruidosas caricias.

Al anochecer, cuando fué el doctor Agenor, encontró á los dos cónyuges delante de la ventana; estaban mudos, extáticos, atentos al canto del ruiseñor, á quien los grillos hacían el acompañamiento.

—¡Ah! dijo Ernesta volviéndose.

—¡Agenor! añadió el ciego.

—Yo mismo; habría podido estar aquí hasta mañana, sin que os hubiéseis enterado.

—Yo lo había advertido, dijo Leonardo; pero creí que también tú escuchabas lo que dice el ruiseñor.

—No tengo esa costumbre; la tomaré cuando tenga mujer.....

—Y ruego á Dios que sea pronto, dijo Ernesta alegremente.

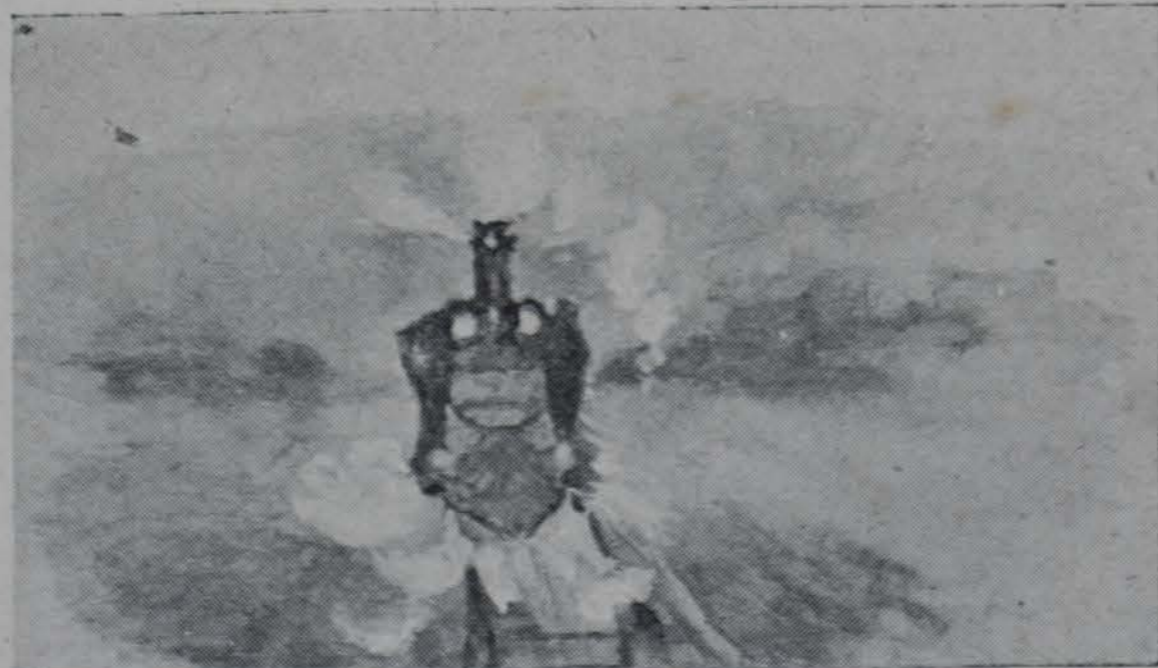
—Y yo ruego á Dios que se tape los oídos. Veamos: ¿se ha sido discreto?.... Leonardo... ¿Se han hecho pocas tonterías? ¿Se han evitado las emociones fuertes?

A cada pregunta, Leonardo y Ernesta bajaban la cabeza diciendo que sí, como dos colegiales que se la quieren pegar al señor maestro.

—Veamos el pulso... bastante regular,

Los cómplices respiraron libremente; el momento difícil había pasado.

En su risueño semblante, en su acento jnguetón, en sus amañados moda-



les y en una pasimonia inacostumbrada, el doctor demostraba una intención que se escondía á á las escudriñadoras miradas de Ernesta.

—Querida señora, dijo de improviso, ¿querrá usted V. tener la bondad de dejarnos solos un momento? Excuse V. la rudeza..... es achaque de médico:

—¿Me despide V.? repuso Ernesta riendo; pues me marcharé.....

—¿Por qué la despides? preguntó Leonardo, oyendo el paso de su mujer que se alejaba; después dijo suspirando: ahora, ¿qué quieres de mí?

—Ver la lengua, dijo el médico.

Leonardo sacó la lengua.

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

—¿Podrás resistir una emoción.

—Sí.

—Pues bien; sepas que te he engañado..... se lo he dicho todo á tu mujer.

—¡Ah!

—Y tu mujer, adivínalo, está enamorada de tí.

La revelación que Agenor había rodeado de tanto misterio no produjo el efecto que temía en el ánimo del ciego, sino que éste mostró en sus labios una sonrisa, y dijo:

—Gracias.

—¡Te parece! repuso Agenor bromeando, ¡como quien nada dice! Pues apenas, es una friolera!

—Gracias, repitió Leonardo, lo sabía.

Entonces el doctor dió un salto: abrió de par en par la puerta del salón y llamó á Ernesta.

—Venga V., venga V., señora mía; estoy de más... y me marchó.

Dos estrepitosas carcajadas le contestaron; después volvió el médico á recomendar con toda la gravedad posible que no se cometiesen imprudencias, y dijo marchándose: hasta mañana muy temprano.

—Hasta mañana, repitieron melancólicamente Ernesta y Leonardo.

La alegría se borró de nuevo en aquellos desgraciados.

## XX

## LA LUZ

Llegó el alba, esperada con tanto afán y con tanto temor.

Como había ofrecido, el médico anticipó mucho su visita.

—Me alegro de encontrarte en cama, dijo; bien muy bien.

Ernesta notó en la voz de éste una pequeña alteración... quería que pareciese segura y lograba tan sólo engrosarla. También ella pretendía parecer serena; pero estaba inquieta. Agenor lo advirtió, se acercó á la pobre dama y le estrecho la mano. Los dos temblaban.

—¿Deberé quedarme en cama? preguntó Leonardo.

—Mejor sería; pero el doctor Q... dice que si prefieres levantarte, no hay peligro en tu estado.

—Lo prefiero, dijo el ciego.

—Veamos el pulso... veamos la lengua... admirablemente... admirablemente.

—Y en verdad, ¿será muy dolorosa la operación?

—Nada de eso... una bagatela... dos minutos por ojo, suponiendo, como creo, que el doctor Q... quiera operar los dos de una vez.....

—¿Cómo? balbuceó Ernesta.

—Los autores están desacordes, dijo el doctor con desparpajo: se dan razones de peso por una parte y por la otra; las probabilidades de buen resultado se equilibran en los dos sistemas; de cuanto dicen los contrincentes de uno y otro, puede deducirse que cuando la operación es dudosa, mejor es intentarla primero en uno solo; cuando por el contrario es segura, es mejor operar los dos á la vez.

—¿Y le parece á V. segura? Preguntó Ernesta.

—A mi me parece segura... seguridad médica, se entiende, que no es seguridad matemática.

Cuanto más engrosaba la voz Agenor, su inquietud llegaba casi al par de la de Ernesta.

El más sereno de los tres era Leonardo, el cual en un instante fué vestido y colocado en el sillón.

Llegó el doctor Q... tranquilo, resuelto, franco en sus maneras y en sus palabras; se adivinaba en él al hombre dueño de sí mismo; su presencia dió un poco de valor á Ernesta y se reanimó la serenidad agonizante de Agenor.

Trataron de cloroformizar. Leonardo rehusó.



—Bravo, dijo el oculista, tanto mejor.

—Bravo, repitió Agenor con voz temblorosa: tanto mejor, esto es una bagatela, es preciso ser valiente.

Ernesta miraba asombrada al uno y al otro: en tanto el viejo Bartolo iba y venía, obedeciendo breves y frecuentes órdenes.

—¡Ernesta! dijo el ciego.

—¡Aquí estoy!

Se acercó al desgraciado y cogió sus manos entre las suyas.

—Así seré más valiente, dijo Leonardo.

La pobre mujer nada contestó; con extrañada mirada, presa de crueles angustias, seguía cada movimiento.

Vió preparar los vendajes de franela blanca, las compresas, las hilas, vió sacar de un pequeño estuche ciertos lucientes instrumentos; vió que Agenor se afanaba por hacer poco menos que nada sin poder estar quieto; vió al otro doctor, grave, tranquilo, silencioso; y girando los ojos alrededor por un movimiento automático de la cabeza, contempló la cama, los sillones, las armaduras, los cuadros; parecía imposible que en un momento tan solemne pudiesen los mismos cuadros, los mismos sillones y el mismo lecho de otros días permanecer indiferentes ante tanto sufrir, conservando su aspecto ordinario, más indiferentes que de costumbre.

Y aún siguió girando la cabeza fija su atónita mirada en el médico.

Poco después lo vió dirigirse al enfermo y se estremeció de terror.

—¿Estamos? preguntó el ciego.

Nadie le contestó.

El doctor Q... colocó el sillón de modo que la luz no diese á la cara del paciente: después abrió de par en par la ventana, miró hacia Agenor, éste estaba muy ocupado con las compresas, pero se acercó á su pesar.

—Se necesita firmeza, dijo el operador con voz cariñosa.

—La tendré; repuso Leonardo.

Arrodillada delante de su marido con los ardientes labios sobre la mano de Leonardo que estrechaba fuertemente la suya, Ernesta oyó aún la apagada voz del oculista que decía: "Usted, doctor, tenga bien levantado el párpado, así... se lo ruego". Después cerró los ojos.

Siguió profundo silencio.

La pobre mujer reanudaba en la oscuridad los fantasmas del pasado, iba recogiendo

átomos perdidos para darles formas conocidas. Todo esto sin conciencia; veía á Leonardo como apareció á sus ojos la vez primera, indiferente y cortés, después galante, luego asíduo, más tarde prometido esposo, marido, y de nuevo hastiado, frío, indócil al amor de la familia, y por fin ciego, arrepentido... y así siguiendo como sonámbula el cuadro de sus visiones, creyó sentir sobre sí un constante martilleo. Era su pobre corazón.

¡Extravío de un instante, fugaz como el relámpago!

De pronto se estremeció el brazo de Leonardo y su mano estrechó con fuerza la de Ernesta, y la pobre criatura, cerrando con mayor terror los ojos, entró de lleno en el caos que se le presentaba.....

Siguió uno de aquellos momentos que se cuentan por eternidades, y por fin un grito agudo, penetrante, acompañado del convulso estremecimiento del paciente.

—Ya está, ya está, dijo el doctor Q...

—Ya está, balbuceó Agenor.

Ernesta abrió los ojos aterrada.

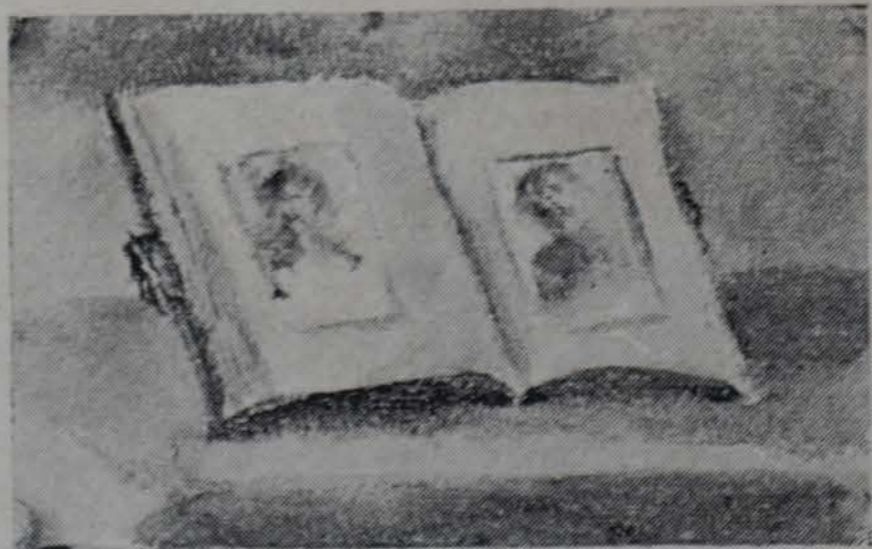
El doctor estaba aplicando una compresa en el ojo derecho, del que caían lágrimas y sangre del contraído semblante del enfermo. Dentro de este continuaban combatiendo el dolor y su enérgica voluntad.

Nadie vió la mirada suplicante de aquella pobre mujer, entre tanto que Agenor tomaba el pulso á su amigo sin saber lo que hacía.

El doctor Q... parecía como que esperaba algo, y un instante después dijo cariñosamente:

—La operación está bien hecha por una parte; ahora vamos á la otra.

Un grito se escapó del pecho de Ernesta, que desfalleció, cayendo de nuevo entre las rodillas Leonardo, quien intentó sonreír, y acariciaba con mano convulsa la cabeza de su amada.



Nuevo silencio, nuevos terrores, nuevas visiones, y por fin un fuerte suspiro de Agenor que tomaba aliento, y un grito salvaje de dolor y de gozo.

—Silencio, ordenó el médico con bondad.

—¡La luz! murmuró Leonardo bajando obediente la voz. Ernesta se puso en pie como impulsada por una fuerza superior: había en su brillante mirada un gozo inmenso.

Pero los vendajes cubrían los ojos del paciente.

Estaba terminada la operación.

—¿La luz? repitió la pobre mujer, como si soñara.

Agenor se acercó á ella, le estrechó la mano, quiso decir algo, y no pudo hablar.

—Esperemos, balbuceó Ernesta como fuera de sí: esperemos, preciso es tener valor.

—Justo, repuso Agenor, eso quería yo decir... esperemos, preciso es tener valor.

## XXI

## LA LUZ

El médico había ordenado oscuridad, quietud y silencio.

Se recostó al enfermo en la cama sobre una porción de almohadas; no debía moverse durante seis días, ni hablar, ni dejar la dieta. Las ventanas se cerraron herméticamente.

Una sombra, no una mujer, cruzaba continuamente por aquellas tinieblas: era Ernesta, con el corazón desgarrado, muda por el dolor.

Varias veces la puerta de la estancia se abrió lentamente: otra sombra corpulenta mostraba su silueta, quedando un momento inmóvil; luego se aproximaba al lecho andando de puntillas, un murmullo quedo rompía el silencio; entonces Leonardo suspiraba para que le escuchasen; pero quedaba sin contestación, la sombra se movía poco á poco, la puerta giraba de nuevo y Agenor salía como había entrado.

Nuevo silencio.

De vez en cuando, el enfermo llamaba en voz baja: ¡Ernesta!...

Entonces ella con un beso le ordenaba silencio.

¡Cuántos luminosos fantasmas le aparecieron en aquellas sombras! ¡Cuántas palabras consoladoras pronunciadas por invisibles criaturas oyó en sus desconsuelos!

Corrían las horas con lentitud para el co-

razón de la pobre mujer, que las contaba por los latidos; lo sentía animado de nuevo vigor; parecía que era como una fortaleza en la que se rechaza todo afán. Un solo pensamiento permanecía insistente, pero otros más alegres lo combatían de continuo. Ernesta presenciaba impasible aquellas breves luchas. No tenía vida más que para la esperanza; soñaba despierta.

La oscuridad de la habitación era para Ernesta un velo negro, tras del que se ocultaba la felicidad.

Una vez calmado el primer espasmo producido por la herida, Leonardo no cesaba de llamar á su enfermera, y la pobrecilla veíase obligada á cortarle la palabra con sus labios.

—¿Sabes?—¡He visto la luz!—dijo una vez el enfermo rebelándose al prudente consejo facultativo; hame parecido ver los colores: ¡ya no estoy ciego!

—¡Calla, calla!

—Y te veré, ¡hermosa mía!

—¡Calla!

De nuevo volvió á restablecerse el silencio.

Y mil sonrientes imágenes corrían á engañar la lentitud del tiempo. Horas enteras permanecía Ernesta á la cabecera de su marido, con una de sus manos entre las suyas, inmóvil, en contemplación de la tranquila felicidad del porvenir. Se veía en brazos de Leonardo, que ya no estaba ciego, ella con la cara levantada hácia él, con la cabeza cariñosamente inclinada hácia ella él; y veía dos amorosas sonrisas que brotaban de sus amantes miradas.

Caminaban por senderos apenas trazados sobre la tierra de los campos; las mariposas, los pájaros y las plantas los miraban atónitos, y cuantas criaturas sentían se inclinaban para saludarlos, y las aves y los insectos á una voz entonaban himnos á su paso. Un mundo desconocido se revelaba á sus corazones: comprendían la felicidad de la fe sin reticencias, del amor sin engaño, del sentimiento que no tiene ridículos temores, de la poesía que rechaza toda ficción.

El abajo firmado profesor médico,

Certifica: que ha usado muy á menudo la Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao con hiposfosfitos de cal y sosa habiendo obtenido brillantes resultados en aquellos enfermos que necesitaban de un buen modificador de la nutrición. —DR. A NEYRA.



*Reserva 2*

# Cuba y América

EDICION SEMANAL

Vol. XI ~ ~ ~ Núm. 7

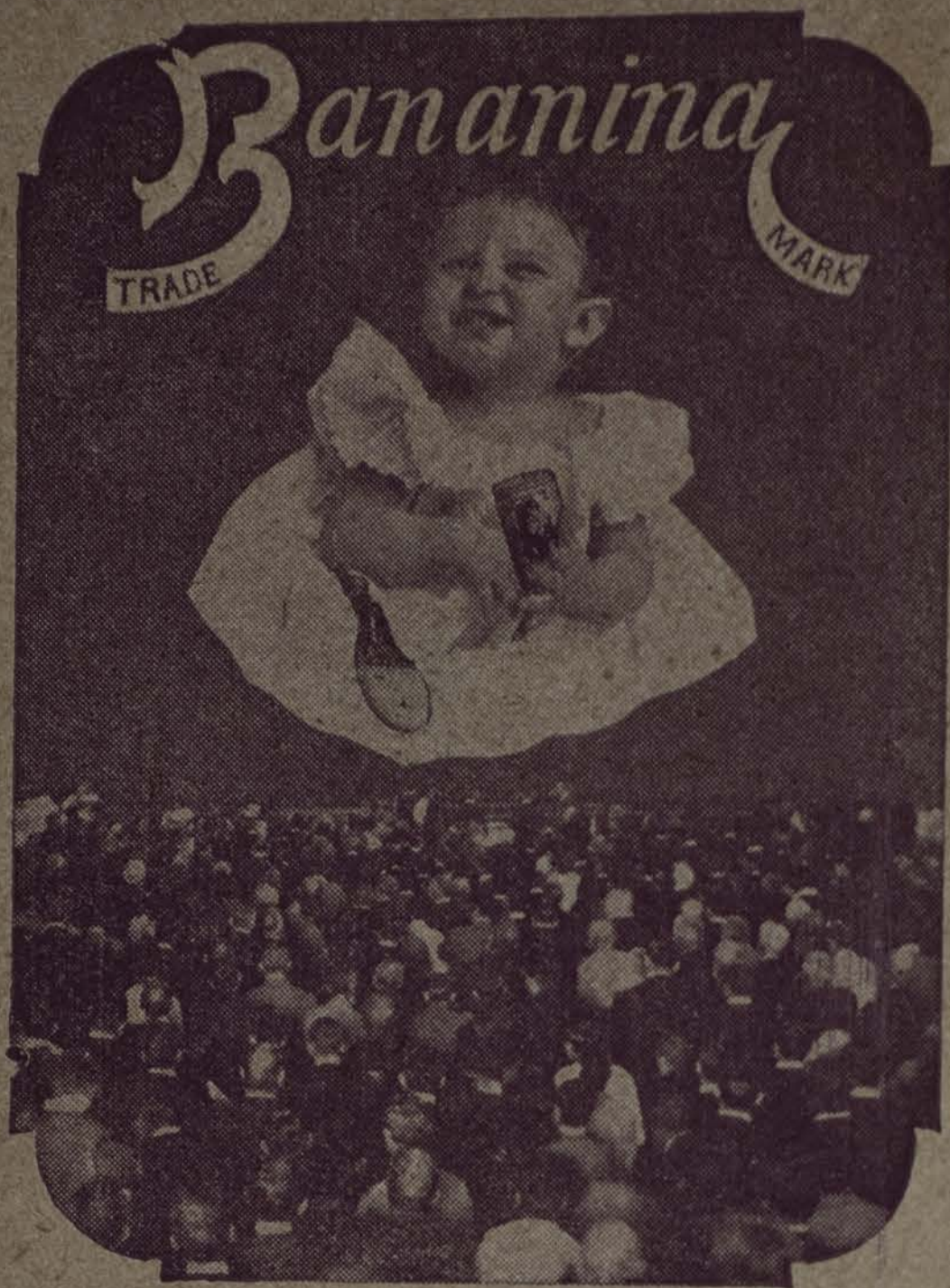
**JUNIO 14, 1903**

Imp. EL TRABAJO, Amistad 63

Registrada en Correos como correspondencia de segunda clase

ADMINISTRACION, GALIANO 79

UN EJEMPLAR 20 CTS



# LA BANANINA

es por excelencia la harina más nutritiva que produce el reino vegetal  
Es la más asimilable y la más digestiva



PARA LOS NIÑOS,  
ANCIANOS  
Y CONVALECIENTES,

**ES UN TESORO**

PARA LOS SANOS,  
**UN RICO MANJAR**



en todas las farmacias y almacenes de viveres.  
Se remite muestra gratis á toda persona que la solicite

**SE HALLA DE VENTA**

De Ramón Crusellas

fabricante de la BANANINA,

**CERRO 416-HABANA**

## RAMON CARRERA

## FOTOGRAFO

REINA NUMERO 6. HABANA

Frente á La Casa Verde, la tienda que más barato vende

Tiene el gusto de participar á sus favorecedores y al público en general haber trasladado su antigua casa, de Luz 97, á Reina 6, y después haber construido una galería con todos los adelantos modernos, cuenta con todos los elementos necesarios para hacer un buen trabajo y á precios sumamente reducidos.

Con el propósito de dar á conocer los trabajos fotográficos de mi nueva galería, he determinado hacer esta notable rebaja de precios que solo regirán hasta fines de este mes.

**Gran desequilibrio fotográfico. Precios en plata**

**6 retratos visita esmaltados, \$1.50** y se regala uno en colores, una tarjeta postal con su retrato y dos botones.

**POR UN PESO 6 RETRATOS**

**12 retratos visita esmaltados, \$2.50** y se regala uno en colores, dos tarjetas postales con su retrato y seis botones.

**3 retratos Imperiales, cuerpo entero, esmaltados, \$1.50** y se regala uno en colores, una tarjeta postal con su retrato, más dos botones.

**6 retratos Imperiales esmaltados, \$2.50** y se regala uno en colores, dos tarjetas postales con su retrato y tres botones.

**12 retratos Imperiales esmaltados, \$4.50** y se regala uno en colores, dos postales con su retrato, seis botones y un alfiler de pecho para señora.

**RETRATOS GRAN BUDUAR**

**6 retratos esmaltados, \$5** y se regala una porcelana, tres tarjetas postales con su retrato y seis botones.

**12 retratos esmaltados, \$8** y se regalan doce botones, seis postales con su retrato y un pañuelo blanco de seda con su retrato ó un foto-creyón para adorno de sala.

**NOVEDAD FOTOGRAFICA**

**6 modernos retratos al platino.. \$2-00**

**12 id..... 3-00**

**6 botones..... 1-00**

**12 id..... 1-50**

**100 id..... 3-50**

**PRECIOS NUNCA VISTOS**

Bueno y barato, estos precios solo duran este mes. El colmo de lo barato, así se puede usted retratar.

NOTA: No terminaré ningún trabajo sin dar antes el marchante la conformidad de estar á su gusto.

Ramón Carrera, Reina número 6. Habana